

sura 



Chile

cuenta

Volvemos a tomar el camino que nos lleva de celebración en celebración entre las literaturas de los diferentes países de Latinoamérica. Luego de visitar Argentina, México, Colombia, y un par de intercambios entre escritores y escritoras contemporáneos, nuestro centro es Chile: su tradición narrativa comprende desde las cosmogonías de sus pueblos originarios –que hablan de geografías agrestes, propias del nacimiento del mundo– hasta autores modernos laureados a nivel global. Leemos campo y ciudad, montaña y mar. Chile es un país zurcido por los Andes y por la poesía. De cara a la inmensidad del océano Pacífico nace una de las literaturas más importantes de nuestro continente.







Chile

cuenta



Baldomero Lillo · Enrique Lihn
Francisco Coloane · Gabriela Mistral
Graciela Huinao · Hernán Rivera Letelier
María Isabel Lara · Nelson Toledo
Pedro Lemebel

Ilustraciones de
Paula Ortiz

Chile cuenta

© 2022, del texto: Baldomero Lillo, Enrique Lihn, Francisco Coloane,
Gabriela Mistral, Graciela Huínoa, Hernán Rivera Letelier,
María Isabel Lara, Nelson Toledo, Pedro Lemebel

© 2022, de la ilustración: Paula Ortiz

© 2022, de esta edición: Grupo de Inversiones Suramericana S. A., Grupo SURA

Autores:

Baldomero Lillo

Enrique Lihn

Francisco Coloane

© Francisco Coloane, 1945

Gabriela Mistral

La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría son entregados a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.

Graciela Huínoa

Hernán Rivera Letelier

© Hernán Rivera Letelier

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria

www.schavelzongraham.com

María Isabel Lara

Nelson Toledo

Pedro Lemebel

Ilustradora: Paula Ortiz

Asesoría literaria: Renato Sandoval Bacigalupo

Edición y diseño: Tragaluz editores

Impresión: Marquillas S. A.

ISBN

Primera edición, noviembre de 2022

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid

Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas

Presidente de SURA Asset Management

Comité Cultural

Miembros externos

Carlos Arturo Fernández

Juan Luis Mejía Arango

Juliana Restrepo Tirado

Miembros internos

Ana Cristina Abad Restrepo

Jennifer Murillo Mendoza

Juliana Andrea Henao Alcaraz

Paula Cecilia Villegas Hincapié

Ricardo Jaramillo Mejía

Contenido

Presentación 10

Región Austral y Oceánica

Dos exploradores y navegantes antárticos 15

Nelson Toledo

Dos mitos Selk'nam 25

Dos poetas mapuches 33

Graciela Huinao

María Isabel Lara Millapán

Mito mapuche sobre Tenten y Kaikai 41

Mito de la creación y del Hombre-Pájaro

de la Isla de Pascua o Rapa Nui. 49

Región Sur

Cazadores de focas 55

Francisco Coloane

Las nieves eternas 71

Baldomero Lillo

Región Central

Dos poemas83

Enrique Lihn

El resplandor emplumado del circo travesti91

Pedro Lemebel

Región Norte Chico

Cuaderno de Coquimbo (1906-1909)99

Gabriela Mistral

Región Norte Grande

Réquiem para un perseguidor111

Hernán Rivera Letelier

La ilustradora119

Paula Ortiz

Allá entonces, descendiendo,
nos nacían los paisajes

-Mar, cumbres que nacen

Y así lentamente Chile empezó a descender
sobre el horizonte

Fragmento de *El nacimiento
de Chile*, de Raúl Zurita

Presentación

Durante dos años consecutivos, en medio de la incertidumbre y la zozobra generadas por la pandemia del coronavirus, la colección Latinoamérica Cuenta presentó dos ediciones especiales que acogían la hermandad literaria de los diez países donde SURA está presente. En 2022 volvemos al concepto original de la colección: uno de estos países es el protagonista de una publicación que reúne voces representativas provenientes de distintas regiones. Ya viajamos por Argentina, México y Colombia; ahora, el turno es de Chile.

Este país, extremadamente largo y angosto, nos sorprende con su geografía que abarca desde el desierto, el mar y la cordillera de los Andes hasta la zona antártica, y así de diversas son también las historias que presentamos, que reflejan un mundo de aventuras, cuentos y poesía. Estos relatos son incitaciones para provocar ecos en el continente; para mirar a

Chile con atención, aprender sobre él y nutrirnos con la riqueza de su gran tradición literaria, tanto de las cosmogonías de sus pueblos originarios como de las plumas reconocidas de sus autores contemporáneos.

SURA los invita a recorrer Chile de la mano de escritoras y escritores que nos hacen soñar con un lugar donde el amor, el respeto y la equidad son posibles siempre que nos miremos desde adentro y nos reconozcamos como una gran región donde todos somos hermanos.

Grupo Empresarial SURA



Chile
cuenta

Región
Austral y Oceánica

- Semblanza -

Dos exploradores y navegantes antárticos

Nelson Toledo

Región Austral y Oceánica

Si bien se trata de una simplificación nominal, esta zona comprende regiones distintas tanto geográfica como culturalmente: la Patagonia (Aysén y Magallanes), la Antártida y las islas polinésicas de Pascua (o Rapa Nui) y de Salas y Gómez. En las dos primeras predominan las bajas temperaturas y la abundancia de lluvias, en el occidente, y la escasez de precipitaciones, en el oriente, usualmente en forma de nieve; en la tercera, la mítica Rapa Nui, destaca con sus impresionantes esculturas de piedra llamadas *moai*, sus *ahus* o templos que remiten en parte a las culturas inca y tiahuanaco, sus juegos de cordel llamados *kaikai*, que algunos vinculan con los quipus del antiguo Perú, y la escritura bustrofédica *rongo-rongo*, hasta la fecha indescifrable. De su unicidad y misterio, Pablo Neruda, en su *Canto general*, supo decir: *Solo la eternidad en las arenas / conocen las palabras: / la luz sellada, el laberinto muerto, / las llaves de la copa sumergida.*

Nelson Toledo

(Valdivia, 1959). Periodista e investigador. Reside en Punta Arenas, capital de la Patagonia chilena. Ha sido profesor de Historia de la Patagonia en la Universidad de Magallanes y se desempeñó por más de dos décadas como editor de suplementos del diario La Prensa Austral de Punta Arenas. Entre sus obras más difundidas están *Fuerte Bulnes, la historia secreta*; *La radiotelefonía en Magallanes*; *Etnias aborígenes de la Patagonia*, ediciones infantiles ilustradas; y la reedición de *Añoranzas de On Pepe*, de José Grimaldi. De su obra *Patagonia y Antártica, personajes históricos* (2011), se presentan en este libro algunos fragmentos.



GABRIEL DE CASTILLA

Aunque aún es cosa discutida, al navegante y explorador español Gabriel de Castilla se le atribuye el primer avistamiento, a comienzos del siglo XVII, de la Macro Unidad Geográfica (MUG), llamada actualmente Antártida o Antártica, proeza que entonces pasó prácticamente inadvertida para la historia. Seguramente, ni él mismo calibró la importancia y la belleza de lo que estaba viendo. Zarpó de Valparaíso en marzo de 1603 al mando de tres naves: el galeón Jesús María, de seiscientas toneladas y treinta cañones, Nuestra Señora de la Visitación y Nuestra Señora de las Mercedes, en una expedición encomendada por su primo hermano el virrey del Perú, don Luis de Velasco y Castilla, para reprimir las incursiones de corsarios holandeses en los mares al sur de Chile.

Al parecer esa expedición alcanzó los 64° de latitud sur. No se han hallado aún en archivos españoles documentos

que confirmen la latitud alcanzada y las tierras avistadas; sin embargo, el relato del marinero holandés Laurenz Claesz (en un testimonio sin fecha, pero probablemente posterior a 1607), documenta la latitud y la época. Claesz declara que él «ha navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, i desde allí hacia el estrecho, en el año de 1603; i estuvo en marzo en los 64 grados i allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente mes de abril regresaron de nuevo a las costas de Chile». Otro documento holandés, publicado en Ámsterdam en tres idiomas en 1622 afirma que a los 64° S hay tierra «muy alta y montañosa, cubierta de nieve, como el país de Noruega, toda blanca, que parecía extenderse hasta las islas Salomón», lo que evidentemente confirma un avistamiento previo a la publicación. Según otras fuentes, partió con el navío Buena Nueva que comandaba desde puertos del Cono Sur. De acuerdo con dichas fuentes, el relato de su viaje indica que en el verano austral de 1603 superó los 60° de latitud sur, y observó tierras montañosas cubiertas de nieve. Las coordenadas de sus descubrimientos indican que reconoció a las islas actualmente llamadas islas Shetland del Sur (a las que llamó, por su navío, islas de La Buena Nueva), en la parte septentrional de la península antártica. Por las coordenadas que da y por la descripción de aspectos geográficos

que realiza es muy probable que hubiese llegado asimismo a las islas actualmente llamadas Melchior. La base antártica española en la isla Decepción (islas Shetland del Sur) lleva su nombre. La base, fundada en el verano austral de 1989-1990, opera solo en verano.

Otros historiadores atribuyen el primer avistaje de tierras antárticas al marino holandés Dirk Gerritsz, que habría encontrado las islas hoy denominadas Shetland del Sur. Según su relato, su nave fue desviada de curso por una tormenta después de trasponer el estrecho de Magallanes, al regreso de una expedición de pillaje a la India, en 1599. Existen dudas sobre la veracidad del relato de Gerritsz. Gabriel de Castilla nació en Palencia, España, en 1577 y falleció en Lima probablemente en 1620.

LUIS PARDO VILLALÓN

El 13 de septiembre de 1910, Luis A. Pardo Villalón ascendió a piloto segundo y en ese grado fue enviado al Apostadero Naval de Magallanes para servir en algunos de sus escampavías, donde fue designado comandante del escampavía Yáñez. Fue en ese cargo que se produjo un acontecimiento que lo llevó a la celebridad. En agosto de 1914, recién declarada la Primera Guerra Mundial, zarpó

de Inglaterra en su tercera expedición a la Antártica el explorador británico Ernest Shackleton.

Su intención era atravesar la Antártica desde el mar de Weddell al mar de Ross, es decir, cortar la Antártica pasando por el Polo Sur o cerca de él. Contaba para ello con el *Endurance*, un velero de tres palos, de trescientas toneladas, con máquina a vapor y acondicionado para la empresa. Lamentablemente el año 1915 fue extremadamente crudo en la Antártica y el 18 de enero el *Endurance* quedó atrapado en los hielos. El 25 de octubre la nave se montó sobre un témpano quebrándose el timón, la popa y luego la quilla. No quedó otra cosa que abandonarlo, mientras el hielo iba destrozando poco a poco su estructura, hasta que el 21 de noviembre el *Endurance* desapareció bajo el mar. Acampando en los témpanos, los náufragos lograron llegar a la isla Elefante, donde se establecieron refugiándose en los botes boca abajo para cubrirse del tremendo frío. Shackleton partió en un bote hasta el norte en busca de auxilio. Después de mucho bregar y luego de infructuosas tentativas desde las islas Falkland, siguió a Punta Arenas, en un cúter con la esperanza de obtener en Chile la ayuda necesaria. Recurrió entonces al almirante Joaquín Muñoz Hurtado, director general de la Armada, quien dispuso que el jefe del Apostadero Naval de Magallanes le proporcionara a Shackleton un buque. Se prefirió la escampavía

Yelcho, buque de cuatrocientas sesenta y siete toneladas, viejo, sin calefacción ni alumbrado eléctrico, sin radio. Era simplemente una audacia enviarlo a esta peligrosa misión. Se cambió al piloto Pardo desde la escampavía Yáñez al Yelcho y se confió en la calidad de él y su gente, en su pericia y su coraje. Lo secundaba el piloto segundo León Aguirre Romero, que acababa de regresar del viaje de la goleta Emma. Luis Pardo zarpó con el Yelcho el 25 de agosto de 1916, navegando por la ruta de los canales a tomar el Beagle.

Cruzó el mar de Drake con buen tiempo, muy baja temperatura y con neblinas, a veces cerradas y otras en que un ligero viento permitía observar en parte el horizonte y divisar los numerosos témpanos que comenzaban a aparecer. El día 28 la neblina se cerró totalmente. Al amanecer del día siguiente aclaró un poco, permitiendo ver hasta una distancia de una milla, por lo que aumentó el andar a toda fuerza. Pardo prefirió seguir navegando al máximo de su velocidad para poder llegar de día a la isla Elefante, donde se hallaban los veintidós hombres del Endurance. El día 30 de agosto, cerca de las once de la mañana, aparecieron las primeras rompientes del extremo norte de la isla Elefante y se reconocieron las rocas Seal, a dos y media millas de distancia. Sorteando los témpanos, la Yelcho comenzó a rodear la isla, oteando para ubicar el campamento, hasta que a las 13:30 horas, con general alegría,

vieron a los náufragos ubicados en un bajo, teniendo por un lado un enorme ventisquero y por el otro los altos picachos de la isla.

La *Yelcho* arrió rápidamente una chalupa en la que se embarcaron Shackleton y sus acompañantes y se dirigieron inmediatamente a tierra, donde el entusiasmo era indescriptible. Después de una hora de trabajo duro, los náufragos se encontraban a bordo de la *Yelcho*.

El piloto Pardo obró con tino e inteligencia. Sus determinaciones durante la navegación fueron sabias y oportunas y supo aprovechar las circunstancias favorables del tiempo con habilidad y decisión, todo lo cual redundó en el más completo éxito. Desde que el buque zarpó, como no tenía medio alguno para comunicar su situación ni las experiencias de ese viaje relativamente incierto, la ansiedad en el Apostadero Naval de Magallanes era inmensa.

Al regreso, el buque experimentó un fuerte temporal en el Paso Drake, que se generalizó en toda la zona. En medio de un fortísimo temporal arribó a Punta Dúngenes el 2 de septiembre. Como no pudo desembarcar para informar al Apostadero el éxito del rescate, siguió a Río Seco donde allí lo hizo. La recepción del piloto Pardo y la *Yelcho* en Punta Arenas constituyó todo un acontecimiento. Días más tarde la *Yelcho* zarpó a Talcahuano y Valparaíso. El buque llegó empavesado a Valparaíso y fue saludado por todas

las naves de la Escuadra con sus tripulaciones formadas en cubierta y en medio de un enjambre de embarcaciones menores que lo escoltaron hasta el fondeadero.

Ambos personajes de singular celebridad fueron recibidos por el presidente de la república, Juan Luis Sanfuentes. Allí aprovechó Shackleton de agradecer la colaboración del gobierno de Chile.

Al piloto Luis Pardo Villalón se le anotó su proeza como nota de mérito especial en su hoja de vida, así como se le hizo figurar con honor en la orden del día de los buques y las reparticiones de la Armada. Fue ascendido al grado de piloto primero, el 7 de septiembre de 1916. Sirvió tres años más en la Armada y se acogió a retiro con fecha de 23 de mayo de 1919.

Se dice que con cortesía, pero con firmeza, rechazó un obsequio de veinticinco mil libras esterlinas que le habría ofrecido el gobierno británico. Estimó que no era merecedor a ese premio, porque como marino de Chile solo había cumplido una misión que le había sido encomendada. El gobierno lo nombró cónsul de Chile en Liverpool.

Luis Pardo Villalón nació el 20 de septiembre de 1882. En agosto de 1890 se había creado la Escuela de Pilotines para formar oficiales de la Marina Mercante Nacional y pilotos para la Marina de Guerra, que pudieran hacerse cargo como oficiales mayores, como eran llamados quienes

no formaban el escalafón de guerra, de los escampavías en servicios domésticos de puertos, comisiones varias de faros regionales o tripularan los transportes como oficiales de su dotación. A esa escuela ingresó el joven Pardo el 26 de julio de 1900, con dieciocho años. Terminó sus estudios el 9 de octubre de 1903 e ingresó al servicio de la Armada como piloto tercero el 27 de junio de 1906, pasando a servir en la sección de desarme de los buques de la Armada, en Talcahuano.

El piloto primero Luis Pardo Villalón falleció en Santiago, víctima de una bronconeumonía, el 21 de febrero de 1935, con el grado de teniente primero, a los cincuenta y cuatro años.

Tomado de: Toledo, Nelson. (2011). Dos exploradores y navegantes antárticos. En *Patagonia y Antártica, personajes históricos*. EEUU: Palibrio.

- Relatos del origen -

Dos mitos Selk'nam

Tradición del pueblo
Selk'nam

Pueblo Selk'nam

El pueblo Selk'nam u Ona fue un grupo étnico que habitó durante milenios en la inhóspita Isla Grande de Tierra del Fuego, en la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Los Selk'nam organizaron su vida nómada en torno a linajes o unidades de parentesco que vivían principalmente de la recolección vegetal y cacería de guanacos. Si bien hoy el *establishment* considera extinguida su cultura, la supervivencia de decenas de descendientes, con sus costumbres y creencias, demuestran lo contrario.

LA CREACIÓN DEL MUNDO

Kenos era un Howenh, un «antepasado», que fue enviado por Timaukel a organizar la tierra de los Selk'nam y se estableció al sur de Karukinka, actualmente Tierra del Fuego. Recorrió y observó todos los rincones y comenzó a repartir todo el ancho mundo, asignando esta tierra a los Selk'nam.

Kenos venía con la misión de crear los tres reinos de este mundo, creó montañas, lagos, ríos, todo aquello que hoy existe. La luz era escasa y uniforme y todas las horas pasaban en un alba perpetua. Entonces Kenos creó a Luna (Kreeh) y a Sol (Kreen) ordenando a este último que brillara más fuerte a mediodía y que se retirara por la tarde para ser remplazado por la blanca luz de Kreeh. En aquel tiempo el cielo estaba muy cerca de la tierra y aplastaba todo en su magnificencia, por lo cual Kenos empujó la cúpula hacia arriba y la dejó allí, para que todo creciera alto y hermoso.

Sin embargo Kenos se sentía solo pues era el único sobre la tierra. Miró alrededor suyo y fue hacia un pantano de donde extrajo un *haruwenthos* (mata de pasto con tierra adherida) exprimió el agua oscura, la depositó sobre la tierra y formó un Sees (genital masculino). Luego extrajo otro terrón húmedo y formó un Asken (genital femenino) para luego partir y dejar juntos estos dos terrones. Cada vez que se ponía el Sol, Sees y Asken se unían y un nuevo ser humano nacía. Estos seres humanos crecieron y a la noche siguiente se unían para hacer nacer un nuevo antepasado y así sucedió todas las noches, durante mucho tiempo, cada noche surgía un nuevo antepasado y rápidamente se pobló Karukinka, Tierra del Fuego.

Pronto la región estuvo llena de hombres y mujeres, los primeros Selk'nam. Kenos, el creador, les enseñó la palabra, señalando que hombres y mujeres deben vivir juntos y dispuso cuál sería el trabajo de cada uno. Padre y Madre deben enseñar a los niños lo establecido por Kenos y de acuerdo con eso han de actuar.

Kenos habitaba la tierra hacía ya mucho, y junto a él, tres antepasados lo acompañaban a todas partes. Pasado un largo tiempo Kenos envejeció y trató de conciliar un sueño de metamorfosis con mucha dificultad, es por ello que los cuatro antepasados iniciaron una larga caminata hacia al norte, pues en el sur no habían logrado dormir.

Completamente agotados alcanzaron el norte donde pidieron a otros antepasados que los envolvieran en sus capas y los depositaran en la tierra.

Así quedaron totalmente inertes viviendo un largo sueño-muerte. Los demás antepasados continuaron esta rutina milenaria de sueños de vida-muerte y aprendieron que al envejecer debían envolverse en una capa, quedarse completamente quietos, para luego de un tiempo eterno, despertar frescos y de aspecto juvenil.

Pero la muerte no era eterna, de modo que después de yacer un largo tiempo todos vieron que Kenos y los demás comenzaban a suspirar y a recuperar los movimientos. Entonces se irguieron, se miraron unos a otros y comprendieron que eran jóvenes otra vez. De modo que todos los Selk'nam decidieron hacer lo mismo que Kenos.

Él que se sentía tan viejo y que había perdido las ganas de vivir se envolvía en su capa y se tendía en el suelo y yacía como si estuviese muerto. Los que tenían la suerte de rejuvenecer iban entonces hasta la choza de Kenos para ser bañados y quitarles el desagradable olor del que estaban impregnados para nuevamente recomenzar. Pero con el tiempo la vejez se adueñaba de los cuerpos y de los corazones y a veces sucedía que alguien ya no se levantara más. Sin embargo, no desaparecía, sino que se transformaba en un cerro, en un pájaro, en una cascada.

Cuando a Kenos le llegó la hora de volver por fin a su casa celeste, los que tuvieron el privilegio de acompañarlo se convirtieron en las estrellas y los planetas que pueblan el luminoso cielo de la Tierra del Fuego.

EL MITO DEL ENGAÑO DE LAS MUJERES

En tiempos remotos, cuando el sol y la luna, el viento y las estrellas, los ríos y las montañas andaban como seres vivos por la Tierra, las mujeres poseían todo el poder y la autoridad sobre los hombres. Estos estaban obligados a obedecer todo lo ordenado por las mujeres. Ni siquiera podían opinar cuando ellas deliberaban sobre algún asunto y debían permanecer en las casas a cargo de todas las tareas domésticas.

Astutamente, las mujeres y en especial la mujer-luna, esposa del hombre-sol, habían inventado un juego secreto para perpetuar su dominación sobre los hombres. Durante ciertos días, algunas mujeres se pintaban sus cuerpos, se cubrían las cabezas con capuchas hechas de corteza de árbol y así, cubiertas e irreconocibles, salían de la Gran Cabaña donde se habían ocultado para preparar sus disfraces.

Fingiendo ser espíritus venidos a castigar a aquellos que se rebelaran contra sus órdenes, las mujeres aterrizaban a los hombres. Además de imponerles los trabajos

normales, obligaban a que fueran de caza más frecuentemente, con el pretexto de que los espíritus necesitaban mucha carne y que la exigían a través de ellas. Dentro de la Gran Cabaña, que estaba un poco alejada del poblado, las mujeres se dedicaban, sigilosamente y por turnos, a disfrutar de la comida y a festejar su engaño.

Uno de esos días, el hombre-sol, excelente cazador, regresó con un enorme guanaco como presa de caza. Dejándolo en el suelo, se sentó a descansar detrás de un arbusto. Desde allí escuchó las risas de dos mujeres que conversaban y reían festejando el ardid con que mantenían aterrorizados a los hombres y burlándose de su ingenuidad. Inmediatamente, el hombre-sol buscó a los demás hombres y les comunicó su descubrimiento.

Se decidió la venganza. En grupos y armados de palos, todos los hombres se acercaron a la Gran Cabaña y, sin escuchar las amenazas de las mujeres, que les advertían sobre la represalia de los espíritus, las mataron a todas. Las mujeres que pudieron escapar con vida se transformaron en animales, quedando en su piel los colores que tenían cuando estaban pintadas. La mujer-luna escapó huyendo hacia el cielo, perseguida por su esposo, el hombre-sol, que nunca ha podido alcanzarla, agrega el mito. Solamente escaparon a la masacre las niñas menores de dos años, que fueron perdonadas porque carecían de memoria.

Después del castigo, los hombres se reunieron y decidieron empezar ellos la práctica que antes habían tenido las mujeres. Ese fue el origen de Kloketen, la ceremonia secreta, exclusiva para los hombres.

Nota

Para escuchar este mito se hallaban reunidos los hombres en la Gran Cabaña. Terminada la narración, con la advertencia de muerte a quienes violaran el secreto, comenzaba la ceremonia propiamente dicha. Los hombres se pintaban sus cuerpos, se cubrían las cabezas con capuchas hechas de cortezas de árbol y así, cubiertos e irreconocibles, salían de la Gran Cabaña donde se habían ocultado para preparar sus disfraces, iniciando el juego secreto destinado a aterrozar a las mujeres y perpetuar su dominación sobre ellas.

Narraciones reconstruidas con base en diversas fuentes disponibles en línea.

- Poesía -

Dos poetas mapuches

Graciela Huinao
María Isabel Lara Millapán

Graciela Huinao

(Chaurakawin, Osorno, 1956). Narradora y poeta mapuche. Pese a que fue obligada a no aprender mapudungun (lengua mapuche) para no ser reprimida y castigada literalmente por su entorno hispanohablante, se las arregló para defender y promover esa lengua, sobre todo desde que fue elegida, paradójicamente, integrante de la Academia Chilena de la Lengua. La defensa de su lengua y cultura se traduce en varios libros de poesía: *La nieta del brujo* (2003), *Hilando en la memoria* (2006) y *Desde el fogón de una casa de putas williche* (2010); también en su autobiografía novelada *Katrilef, hija de un ülmen williche* (2015).

María Isabel Lara Millapán

(Chihuimpilli, Araucanía, 1979). Poeta y doctora en Didáctica de la Lengua y Literatura. Actualmente es profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile en Villarrica, ha publicado cinco obras: tres como autora de poesía bilingüe, una testimonial y una como coautora de un libro que preserva la lengua de su pueblo (el mapudungun). Su obra está vinculada a la defensa de su cultura y de la naturaleza, tal como ella ha señalado repetidas veces: «En nuestra cultura mapuche nos unen vínculos afectivos y territoriales; entonces todo lo que sucede, nos afecta a todos y en ello es mi compromiso, trabajar a través de la educación, para romper las barreras a los prejuicios, educar, para un mundo más equilibrado, de comprensión mutua entre culturas».

GRACIELA HUINAO

La vida y la muerte se hermanan

Al mirar atrás
puedo ver el camino
y las huellas que voy dejando.
A su orilla árboles milenarios se alzan
con algún cruce de amargas plantas.
Pero es equilibrada su sombra
desde la huerta de mi casa.
Allí aprendí a preparar la tierra
la cantidad de semilla en cada melga
para no tener dificultad en aporcarla.
Es tu vida
-me dijo- una vez mi padre
colocándome un puñado de tierra en la mano.
La vi tan negra, la sentí tan áspera.

Mi pequeña palma tembló.
Sin miedo –me dijo–
para que no te pesen los años.
La mano de mi padre envolvió la mía
y los pequeños habitantes
dejaron de moverse dentro de mi palma.
El miedo me atravesó como punta de lanza.
Un segundo bastó
y sobraron todas las palabras.
Para mostrarme el terror
a la muerte que todos llevamos.
De enseñanza simple era mi padre
con su naturaleza sabia.
Al hermanar la vida y la muerte
en el centro de mi mano
y no temer cuando emprenda el camino
hacia la tierra de mis antepasados.
Abrimos nuestros dedos
y de un soplo retornó la vida
al pequeño universo de mi palma.

Gritos en el viento

Se te quedaron
los brazos en cruz
sobre tu rostro
mirando al cielo.
Tu olfato de niña
no aprendió
a conocer los vientos.
Y caía la tormenta
azotaba tus polleras
hasta el miedo se escondía
en la parte más oscura
de tus ojos tristes.
–Me lo contó mi padre–
El día que me enseñó a olfatear
de qué lado golpea
más fuerte el viento.
Y levantar mi vida a su favor.
Porque a mi madre
le faltó tiempo
para enseñarme los códigos
de los gritos en el viento.

Tomado de: Huinao, Graciela. (2006). Selección de poemas. En *Hilando en la memoria: siete mujeres mapuches*. Chile: Cuarto Propio.

MARÍA ISABEL LARA MILLAPÁN

Adkintun

Llenien ñi dungun küruf mew
Triliw mawün mew
Llëllipufin ñi pu fuchake che.

Kintun tami püllü
Kimün mapu mew
 dungufule,
Ülkantufule antü üñum reke,
Kimtukufule pewma ñi
 ñochiñ,
Ko ñi adkintun ka aliwen ñi
 kimün
Tañi ngürekayal
Taiñ mapuche ad.

Adkintun

Llevo mi voz al viento
Y en la llovizna transparente
Ruego a mis antepasados,
Busco tu espíritu
Que hable de la sabiduría de
 la tierra
Que entone el canto
De las aves del sol
Que comprenda el silencio
 de los sueños
La visión de las aguas
Y el secreto de los árboles
 antiguos
Para tejer el telar
De nuestro rostro mapuche.

Kintu

Tripan ñi trekayal mawida
püle
Ramtufin kürüf
Ñi elkünüken ñi dungun
anümka mew,
Kiman rayüle folil
Pünchonule pewma,
Kiñetule taiñ dungun
Ka mapu elkenoelyinmew
pu trafia.

Wiñotuayin may taiñ
ülkantun mew,
Tripapale antü
Kayi choyüpe mawida
Fey dañeaiñ taiñ püllü,
Ka mongeaiñ
Inaltu lewfu
Dunguaiñ üñüm engo
Nütüaiñ taiñ
tremolketuelchi tapül
Antü ñi kutran mew
Fewla inchiñ taiñ kidu
ngetual.

Kintu

He salido a caminar por las
montañas
Y preguntado al viento
Si guarda su voz entre los árboles,
Entenderé cuando florezcan sus
raíces
Y no se marchiten los sueños,
Cuando se unan nuestras
palabras
Y no nos distancie la tarde.

Hemos de retornar entonces con
nuestros cantos,
Cuando salga el sol,
Hemos de permitir germinar el
bosque
Y anidar en la tierra nuestro
espíritu,
Para volver a vivir cerca de los ríos
Hablar con las aves
Palpar las hojas que sanan el
dolor del tiempo
Cuando queremos ser nosotros
mismos.

Pewma

Anümka ñi rarakun
Lleniey üñüm ñi dungun,
Apon küyen
Niey tami rakiduam,
Puliwen tami llellipun
Pülef mawun mew,
Fey kürüf niey tami
 ülkantun
Inaltu lewfu püle.

Pewma

El susurro de los árboles
Tiene el mensaje de las
aves,
La luna llena, tiene tu
pensamiento,
El amanecer tus ruegos
En la llovizna, y el aire
Tu voz que canta a orillas
del río.

Tomado de: Lara Millapán, María Isabel. (2006). Selección
de poemas. En *Hilando en la memoria: siete mujeres
mapuches*. Chile: Cuarto Propio.

- Relatos del origen -

Mito mapuche sobre Tenten y Kaikai

Tradición del pueblo
mapuche

Pueblo mapuche

Los mapuches —(del autónimo en mapudungun *mapuche*), araucanos (nombre dado por los españoles a los indígenas que habitaban la región histórica de Arauco), también denominados reches, especialmente en el siglo xvi— son el pueblo indígena más numeroso de Chile, que además de habitar en la zona centro y zona sur de este país, también están presentes en zonas del suroeste de la Argentina. Su cultura se basa en la tradición oral. La conducta social y religiosa estaba regida por el Admapu (conjunto de antiguas tradiciones, leyes, derechos y normas). Su existencia, resistencia y supervivencia a lo largo de siglos se refleja tanto en sus mitos milenarios como en la particular organización socioeconómica, política y cultural para su reafirmación como pueblo vivo y originario.



Cuando salió el mar y anegó la tierra antiguamente, sin saber cuándo, se escaparon algunos indios en las cimas de unos montes altos que se llaman Tenten, que los tienen por cosa sagrada.

Y en todas las provincias hay algún Tenten y cerro de grande veneración, por tener creído que en él se salvaron sus antepasados del diluvio general, y están a la mira para, si hubiere otro diluvio, acogerse a él para escapar del peligro, persuadidos a que en él tienen su sagrado para la ocasión [...].

En la cumbre de cada uno de estos montes altos, llamados Tenten, dicen que habita una culebra del mismo nombre [...] y que antes que saliese el mar les dijo lo que había de suceder, y que se acogiesen al sagrado de aquel monte, que en él se librarían y él los ampararía.

Mas que los indios no lo creyeron, trataron entre sí que si acaso sucedía la inundación que decía Tenten, unos se convertirían en ballenas, otros en peje espada, otros en

lisas, otros en robalos, otros en atunes y otros pescados, que el Tenten les favorecería para eso: para que si saliesen de repente las aguas y no pudiesen llegar a la cumbre del monte, se quedasen nadando sobre ella, transformados en peces [...].

Fingen también que había otra culebra en la tierra y en los lugares bajos, llamada Kaikai-Vilu, otros dicen que en esos mismos cerros, y que esta era enemiga de la otra culebra Tenten y asimismo enemiga de los hombres, y para acabarlos hizo salir el mar, y con su inundación quiso cubrir y anegar el cerro Tenten y a la culebra de su nombre, y asimismo a los hombres que se acogiesen a su amparo y trepasen a su cumbre.

Y compitiendo las dos culebras Tenten y Kaikai, esta hacía subir el mar y aquella hacía levantar el cerro de la tierra y sobrepujar al mar tanto cuanto se levantaban sus aguas.

Y que lo que sucedió a los indios, cuando el mar comenzó a salir e inundar la tierra, fue que todos a gran prisa se acogieron al Tenten, subiendo a porfía a lo alto y llevando cada uno consigo a sus hijos y mujeres y la comida que con la prisa y la turbación podían cargar.

Y a unos les alcanzaba el agua a la raíz del monte y a otros al medio, siendo muy pocos los que llegaron a salvarse a la cumbre. Y a los que alcanzó el agua les sucedió como lo habían trazado, que se convirtieran en peces y se

conservaron nadando en las aguas, unos transformados en ballenas, otros en lisas, otros en robalos, otros en atunes y otros en diferentes peces.

Y de estas transformaciones fingieron algunos en peñas, diciendo que porque no los llevasen las corrientes de las aguas, se habían muchos convertido en peñas por su voluntad y con ayuda de Tenten.

Y en confirmación de esto muestran en Chiloé una peña que tiene figura de mujer con sus hijos a cuestras y otros a los lados. Y tienen muy creído que aquella mujer en el diluvio, no pudiendo llegar a la cumbre del Tenten, le pidió transformarse en piedra con sus hijos porque no la llevasen las corrientes, y que hasta ahora se quedó allí convertida en piedra.

Y de los que se transformaron en peces dicen que, pasada la inundación o diluvio, salían del mar a comunicar con las mujeres que iban a pescar o coger marisco, y particularmente acariciaban a las doncellas, engendrando hijos en ellas; y que de ahí proceden los linajes que hay entre ellos de indios que tienen nombres de peces, porque muchos linajes llevan nombres de ballenas, lobos marinos, lisas y otros peces.

Y les ayudan a creer que sus antepasados se transformaron en peces, el haber visto en estas costas del mar de Chile en muchas ocasiones sirenas, que han salido a las playas con rostro y pechos de mujer, y algunas con hijos en los brazos.

Asentadas estas transformaciones y soñado diluvio, queda la dificultad de cómo se conservaron los hombres y los animales, a lo cual dicen que los animales tuvieron más instinto que los hombres, y conociendo mejor los tiempos y las mudanzas, y que conociendo la inundación general, se subieron con presteza al Tenten y se escaparon de las aguas en su cumbre, llegando a ella más presto que los hombres, que por incrédulos fueron pocos los que se salvaron en la cumbre del Tenten. Y que de estos murieron los más, abrazados del sol.

Porque como fingien que las dos culebras, Kaikai y Tenten, eran enemigas, y que Kaikai hizo salir las aguas del mar para que, sobrepujando a los montes, anegasen a los hombres y al monte Tenten y a su culebra, que los favorecía, y que Tenten para mostrar su poder y que ni el mar le podía inundar ni sobrepujar con sus aguas se iba suspendiendo y levantando sobre ellas.

Y que en esta competencia la culebra, que era el Demonio, diciendo Kaikai hacía crecer más y más las aguas, y de ahí tomó el nombre Kaikai, y la otra culebra, que era como cosa divina que amparaba a los hombres y a los animales en lo alto de su monte, diciendo Tenten, hacía que el monte se suspendiese sobre las aguas, y en esta porfía subió tanto que llegó hasta el sol.

Los hombres que estaban en el Tenten se abrasaban con sus ardores, y aunque se cubrían con callanas y tiestos, la

fuerza del sol, por estar tan cercanos a él les quito a muchos la vida y peló a otros, y de ahí dicen que proceden los calvos. Y que últimamente el hambre los apretó de suerte que se comían unos a otros. Y solamente atendieron a conservar algunos animales de cada especie para que multipliquen, y algunas semillas para sembrar.

En el número de hombres que se conservaron en el diluvio hay entre los indios de Chile grande variedad, que no puede faltar entre tantos desvaríos. Porque unos dicen que se conservaron en el Tenten dos hombres y dos mujeres con sus hijos. Otros, que un hombre solo y una mujer, a quienes llaman Llituche, que quiere decir en su lengua «Principio de la generación de los hombres», sean dos o cuatro con sus hijos.

A estos les dijo el Tenten que para aplacar su enojo y el Kaikai, señor del mar, que sacrificaran uno de sus hijos y, descuartizándole en cuatro partes, las echasen al mar, para que las comiesen los reyes de los peces y las sirenas, y se serenase el mar. Y que haciéndolo así, se fueron disminuyendo las aguas y volviendo a bajar el mar. Y al paso que las aguas iban bajando, a ese paso iba también bajando el monte Tenten, hasta que se asentó en su propio lugar.

Y diciendo entonces la culebra: Tenten, quedaron ella y el monte con ese nombre de Tenten, célebre y de grande

religión entre los indios. Que como a miserables ha tenido engañados esta astuta culebra, que engañó a nuestros primeros padres en el Paraíso.

Tomado de: Rosales, Diego de. (1989). Mito mapuche sobre Tenten y Kaikai. En *Historia general del reino de Chile, Flandes Indiano*. Chile: Editorial Andrés Bello.

– Relatos del origen –

Mito de la creación y del Hombre-Pájaro de la Isla de Pascua o Rapa Nui

Tradición del pueblo
Rapa Nui

Pueblo Rapa Nui

La Isla de Pascua –también, Rapa Nui (Isla Grande), Te Pito o Te Henua (ombligo del mundo)– se encuentra en Oceanía, a tres mil setecientos kilómetros de la costa chilena. Teorías recientes postulan que la rapanui es una cultura ancestral proveniente de las Islas Marquesas, algo que profesa la mitología pascuense. Entre los mitos más importantes encontramos el de la llegada del pueblo rapanui desde el continente de Hiva, el culto al dios Make Make, que está representado en Rapa Nui como el creador del mundo, y el posterior culto al Tangata Manu (hombre pájaro), también conocido como la historia de Hotu Matu'a y los siete exploradores. Mención especial en la isla es la existencia de más de mil esculturas de roca gigantes conocidas como *moais*, así como la escritura *rongo-rongo*, aún indescifrable, incisa en madera o en huesos de ballena.

Cuando no existía el tiempo y tampoco el universo, Make Make estaba solo; eso no era bueno. Tomó una calabaza con agua y miró adentro. La sombra de Make Make entró en el agua. Make Make vio como la sombra de su rostro había entrado en el agua. Make Make habló y saludó a su propia sombra: «¡Salve joven! qué hermoso eres, parecido a mí». Un pájaro se posó entonces de golpe sobre el hombro derecho de Make Make. Este se asustó, al ver un ser con pico, alas y plumas. Tomó Make Make a los dos, la sombra y el pájaro, y los dejó juntos.

Después de un tiempo pensó Make Make en crear al hombre, que fuera igual a él, que tuviera voz y hablara como él.

Make Make fecundó piedras pero no hubo resultado porque las aguas del reflujo corrieron sobre la extensión de un terreno improductivo, malo.

Fecundó el agua y del semen desparramado salieron solamente muchos pececillos paroko.

Finalmente, fecundó Make Make la tierra arcillosa. De ella nació el hombre. Make Make vio que esto resultó bien.

Después vio Make Make que aún no estaba bien pues el hombre seguía solo. Lo hizo dormir en la casa. Cuando estuvo dormido, Make Make fecundó sus costillas del lado izquierdo. De ahí nació la mujer.

Mucho después, cuando los primeros pobladores llegaron a Rapa Nui, no existían los pájaros en la isla. En esa época vivía una bruja o espíritu llamada Hitu en la bahía de Hanga Nui, cerca de Tongariki. Hitu tenía una calavera que guardaba como un tesoro en la cavidad de una roca. Un día en que el mar estaba crecido, una ola enorme arrastró la calavera y la llevó mar adentro. Hitu se lanzó al agua para recuperarla pero no logró llegar hasta ella. Aunque nadaba y nadaba la calavera flotaba entre las olas y seguía alejándose.

Así continuó Hitu nadando día y noche tras la calavera. Cuando ya estaba a punto de desistir por el agotamiento vislumbró en el horizonte las rocas del Motu Motiro Hiva (isla Sala y Gómez). Cuando la calavera llegó a la orilla del islote se transformó en el dios creador Make Make. Hitu alcanzó la isla poco después y ambos fueron recibidos por el espíritu Haua, que vivía allí porque estaba destinado a cuidar a las numerosas aves marinas que habitaban en la pequeña isla.

Después de unos días de descanso, Make Make ordenó a Haua que le trajera algunas parejas de aves para llevarlos a Te Pito o Te Henua (Rapa Nui), ombligo del mundo. Cuando Make Make llegó a la isla, se fue a Hanga Nui y subió al cerro Poike donde dejó las aves en libertad para que se reprodujeran, y más tarde regresó a su isla.

Al año siguiente, Make Make volvió a Te Pito o Te Henua para ver si las aves se habían multiplicado, pero descubrió que los habitantes se habían comido todos los huevos. Entonces, furioso, recogió a los pájaros y los llevó a Vaihú, donde nuevamente las dejó en libertad para que anidaran allí. Lo mismo ocurrió en Vaihú, y los nativos se comieron de nuevo los huevos. Al año siguiente, Make Make, desesperado, llevó los pájaros a Vai Atare, un lugar situado en el borde del cráter del volcán Rano Kau. Allí por fin, los pobladores dejaron un nido con solo un huevo, del cual nació el primer pájaro manutara de la isla.

Pero Make Make, para asegurar mejor la crianza de los pájaros, volvió nuevamente el próximo año y dejó las aves en el islote Motu Nui situado frente al volcán Rano Kau. Allí las aves se multiplicaron en gran número debido al difícil acceso del pequeño islote.

Más tarde, Make Make permitió que los isleños pudieran recoger los huevos de las aves en cierto período del año, castigando a los que los recogían en los tiempos no

permitidos. Para no provocar la ira del dios, el Ariki y los sacerdotes resolvieron declarar los huevos como Tapu (o tabú, es decir, prohibidos) durante los períodos de veda. Este tabú permitió la protección y el desarrollo de las aves marinas en Rapa Nui.

Narraciones reconstruidas con base en diversas fuentes disponibles en línea.

Región
Sur

- Cuento -

Cazadores de focas

Francisco Coloane

Región Sur

Inicia a partir de la región de la Araucanía y termina en el archipiélago de Chiloé y en Palena, un anticipo de la siempre insondable Patagonia. Con certeza, es la zona más heterogénea en cuanto a paisajes y actividades económicas. Con un clima que poco a poco se vuelve más húmedo y fresco, el terreno se reviste de dilatados bosques y numerosos lagos y volcanes, de una belleza de postal que produce asombro y respeto, tanto a naturales como a forasteros.

Francisco Coloane

[Quemchi, Chiloé, 1910-Santiago, 2002]. Es considerado uno de los más importantes y notables narradores de Chile. Su estilo se mimetiza con esta región siempre gélida, azotada por los vientos y con praderas cubiertas de nieve. Su obra ha sido objeto de múltiples estudios y ha sido llamado el Jack London de Sudamérica, a raíz de la cercanía temática que mantiene con el norteamericano, en especial en lo que se refiere al retrato del hombre frente a una naturaleza aún indómita e inexplorada.



Punta Sobaco no aparece con ese nombre en las cartas de navegación, ni con ningún otro, pues faltarían denominaciones para designar todos los accidentes geográficos que caracterizan el despedazado archipiélago de las Guaitecas. Solo los cazadores de focas de Quellón la conocen así, y entre ellos «el capitán Ñato». Tampoco este nombre es conocido en el puerto de Quellón, de pocos habitantes, y el último del sur de la isla grande de Chiloé.

El capitán Ñato es llamado así solo por sus amigos los indios alacalufes de más allá del golfo de Penas. Es que Luis Andrade tenía una nariz tan aplastada como la de una foca que se hubiera dado un cabezazo contra una roca. Las dos fosas nasales eran lo único que asomaba a la superficie de su rostro; pero le bastaban para olfatear las rutas que seguían sus congéneres del mar, y así fue como dio con la famosa caverna donde paren las lobas en Punta Sobaco.

Los científicos dicen que las focas fueron en tiempos remotos mamíferos de tierra adentro y que se hicieron a la mar por razones aún no bien sabidas. Tal vez fueron

acosadas por otras fieras, o las empujó la necesidad, cuando eran anfibios que pescaban en la desembocadura de los grandes ríos. El hambre y la necesidad llevan a animales y hombres por azarosos caminos. Posiblemente se dieron cuenta de que había más peces en el mar que en los ríos y, poco a poco, fueron entrando en él hasta convertirse en lo que son hoy.

Así el capitán Ñato, en busca de sus pieles, se adentraba todos los años en la época de la parición de las lobas de un pelo por todos los roqueríos y cavernas que quedan mar afuera del destrozado archipiélago.

Aquella tarde el sol parecía el ojo de un dios primitivo, como el del buey Apis de los egipcios, cuando en la chalupa ballenera el capitán con sus cuatro remeros empezó a escapular los contornos hacia Punta Sobaco. Generalmente el sol sale así por entre las nubes después que ha pasado la tempestad, como para mirar lo que ha ocurrido entre el mar y la tierra. De la que acababa de pasar, solo quedaba una mar boba que venía rodando desde la lejanía, donde se perfilaba igual que el lomaje de inmensos toros que estuvieran arando el ancho horizonte del océano Pacífico.

El redoso de Punta Sobaco es sucio. Se presume que ese nombre le fue dado porque en esa parte de la punta los acantilados se doblan cual gigantesco brazo que abofeteara el mar. El puño queda afuera, con altas coyunturas rocosas agrietadas por el embate del océano que tiene

olas de dos metros más altas que las de todos los mares. Estas mareas bobas vienen de tres en tres, con intervalos, para que el mar respire un rato antes de enfrentarse con el puñetazo de piedra de la tierra. De tarde en tarde también emerge, insospechadamente, alguna extraña ola solitaria que no se sabe de dónde viene y remonta triunfante por los altos cantiles cual si se tratara de un maremoto, de los que suceden a veces en la región, capaces de cambiar hasta su curiosa geografía.

Una de estas olas pescó a la chalupa del capitán Ñato mientras enfilaba la grieta profunda que da a la entrada, por mar afuera, de la caverna de la lobería. La estrelló como si se tratara de una brizna contra el alto acantilado cortado a pique. El capitán Ñato gobernaba la bayona y no tuvo tiempo de maniobrar para evitar el estrellón. La embarcación de apenas siete metros de eslora fue tomada en vilo por la cresta de la ola y lanzada contra las piedras con otro puñetazo. Los cuatro remeros fueron lanzados al agua entre las cuaderñas y las tablas rotas. El capitán soltó la bayona y logró agarrarse a dos manos en el verduguete de la regala de la popa; allí permaneció sentado por unos instantes como en un trono; pero luego su asiento también fue destrozado, con tan mala suerte que, al empuñar el listón redondeado del verduguete, este le hizo astillas las cuatro primeras falanges de la mano derecha, al darle contra la roca. El capitán Ñato soltó así su última tabla de salvación y herido, cual

un rey destronado que abandona el bastón de mando, siguió nadando a lo perro detrás de sus compañeros.

La mayoría de los chilotes, no obstante ser de los mejores marinos, por lo general no saben nadar, tal vez porque piensan nunca en naufragar.

Debido al susto o por un fenómeno que se explicarían los físicos, la tablazón de la ballenera destrozada quedó afuera en el canalizo de la grieta y sus tripulantes fueron lanzados por el impulso de la resaca caverna adentro. Allí, en aguas más tranquilas, pudieron mantenerse a flote, y nadando instintivamente siempre a lo perro o a lo rana, alcanzaron una estrecha explanada cubierta por los negros cuerpos de las focas y lobeznos recién nacidos, los llamados en jerga lobera «popis», en busca de cuya codiciada piel iban los cinco hombres.

La caverna de Punta Sobaco tiene dos entradas. Una de ellas queda precisamente en la concavidad que debe haberle dado este nombre, una oquedad que semeja la de esa parte del cuerpo humano. Allí la vegetación costera se vuelve umbrosa y se entremezclan las lianas colgantes de los cantiles, de un verde plateado con las ramazones de helechos y pangues, más oscuras, que dificultan la visibilidad de la entrada. Por tal motivo el capitán Ñato prefería la entrada del extremo de la punta, la de mar afuera, que se comunicaba con la otra de más a tierra, por medio de un túnel que casi atravesaba de parte a parte Punta Sobaco.

Allí, en las plataformas rocosas formadas por la erosión del mar, parían las lobas de un pelo y las cubrían sus machos, como generalmente lo hacen, después de dar a luz sus «popis».

Al ver a los hombres que salían del mar arrastrándose como ellas, igual que grandes gusanos, deben haberlos mirado como a otras focas, algo extrañas, pero focas al fin. Así, se apartaron con sus crías haciéndoles un hueco en el lugar, puede que el mejor, tal como lo hacen cortésmente los indios alacalufes toda vez que llega un visitante en busca de calor a sus chozas.

Los extraños forasteros echaron un vistazo a su alrededor y se sintieron felices de haberse salvado el pellejo; ellos que, precisamente, iban en busca de los pellejos ajenos, de los seres que les daban albergue. Pero tal felicidad no podía durar: luego se dieron cuenta de que las bocas de la caverna no podían ser alcanzadas sino con una embarcación como la que había quedado afuera hecha pedazos entre los roqueríos de la entrada.

Los cinco hombres se miraron, no de la manera que las focas los miraban a ellos, con tranquilos ojos, con un parpadeo por momentos tierno y manso, semejante al de los faros de intervalo largo que señalan la entrada a un buen puerto.

Llevaban dos días dentro de la caverna, preocupados por la grave situación, cuando de golpe un milagro de la resaca, porque los hay a veces en el mar, en la tierra y en el cielo,

hizo que unas cuantas tablas de ciprés de las Gauitecas, del que estaba hecha su propia chalupa ballenera, llegaran a la precaria playa subterránea, como si el árbol regresara a la tierra para dar de nuevo amparo al hombre. Benedicto Cárdenas, el más prevenido, llevaba cerillas dentro de la tabaquera hecha de una vejiga de oveja. El rollo de tabaco y las cerillas ni siquiera se habían humedecido con el percance. Fue el primero en echar una fumada en su cachimba hecha con un cacho de jaiba y que conservó en su bolsillo como otro milagro entre el mar y el hombre. Convidó algunas pitadas, por turno, a sus ateridos compañeros, para que espantaran un poco los malos pensamientos.

Con sus cuchillos loberos, que llevaban siempre envainados a la cintura, carnearon una foca y con la grasa y las tablas hicieron su primera fogata. También asaron los primeros filetes de lomo. El capitán Ñato, como siempre lo hacía, reservó el corazón para sí, pues era su presa favorita, al igual que otros prefieren la rabadilla de la gallina, y empezó a curarse la mano destrozada con sus propios orines.

Las voces de los hombres tienen una extraña resonancia sobre el mar. Van y vienen colgantes, como péndulos, pequeños soles sonoros que nacen y se esconden con misteriosos pasos de danza. En cambio, bajo tierra la voz del hombre cambia, se opaca como si buscara el silencio. No dan ganas de hablar si se entrara a la galería de una mina de carbón submarina.

Benedicto Cárdenas fue también el primero en darse cuenta de lo que estaban haciendo:

–¡Quemamos nuestras naves como Hernán Cortés! –dijo, mirando las tablas que ardían jubilosas entre el chisporroteo del aceite de foca.

–¿Quién es el tal Cortés? –preguntó Eliseo Vera, a quien apodaban Liche.

–El español que conquistó México y que ordenó quemar sus naves para no regresar más a España –le explicó Cárdenas, quien había cursado hasta el primer año de humanidades en el seminario jesuita de Ancud.

–Lo que yo, voy a regresar a Quellón aunque sea a nado –dijo el capitán Ñato, después de echar otra orinada en su mano y levantarla, mirándola semidoblada, como una pequeña bandera en derrota. Las cuatro primeras falanges tenían los huesos totalmente rotos, y el resto de la mano se mantenía unida nada más que por los pedazos de piel y los nervios entre la carne machucada. Los cuatro dedos se movían hacia atrás y hacia adelante, igual que la aleta muerta de una foca. Otro milagro, esta vez el de sus propios orines, ya que su resto de mano no se infectó y evitó la gangrena.

Benedicto Cárdenas era el más instruido. Trabajaba en una oficina del registro Civil de Quellón pero, tentado por la aventura de la cacería de focas, todos los años se las arreglaba para dejar su trabajo pueblerino y embarcarse en la

cuadrilla de cazadores del capitán Ñato. Eres un «chupa lápiz», le decía despectivamente el capitán.

José Leuquén y Pedro Renín completaban la tripulación. Todos eran de Quellón, donde la naturaleza de las islas y los esteros adyacentes marcan una zona de transición entre Chiloé y el austro más inhóspito. Hasta esa zona llega una especie de fardela de oscuro plumaje ocre, de tamaño semejante al de una gaviota, y no se sabe por qué no pasa más al norte, aunque es una veloz cazadora a flor de agua. Siempre se vuelve de allí al sur, lo mismo que algunas ballenas que se asoman al golfo de Corcovado y después vuelven a mar abierto por el canal que pasa entre la isla grande de Chiloé y la de Huafo.

Leuquén y Renín, dos indígenas huilliches, se sentaron silenciosos y resignados, como lo hacen los alacalufes en cualquier grieta de una roca para pasar el temporal.

Las focas fueron dejándoles cada vez más espacio a los hombres, a medida que estos mataban a los «popis» para sacarles la piel y devorar su carne, más tierna y con menos gusto a pescado que la de los adultos. Carneaban a alguno de estos nada más que para obtener su grasa para la hoguera y cubrirse con el cuero a manera de frazada, con la carnaza para afuera.

Al tercer día Eliseo Vera, el Liche, empezó a reír extrañamente. Fue una carcajada gutural, como si saliera de más abajo de la caverna donde estaban refugiados. Carcajada









que a veces terminaba en una especie de hipido o llanto de borracho. Al notar que los otros se molestaban, porque no sabían si era risa o llanto, se apartó de sus compañeros y se fue a reír solo, entre las focas, que no se asustaron por su extraña afectación. Era un hombre desgarrado, flaco, alto, de cabello tirado a rubio y unos ojos rojizos, que parecían los de un aguilucho buscando presas en el camino.

Al día siguiente, siempre riendo, se lanzó al mar. Era el que sabía nadar mejor, y se dirigió braceando hacia la boca de los pangues y helechos, la que daba el nombre a Punta Sobaco. Se perdió en la penumbra, a pesar del coro de sus compañeros, que le gritaban que volviera. Al otro día, la corriente que venía de mar afuera trajo su cadáver, pero sin la cabeza y sin un brazo, desgarrado como las cuaderñas de la chalupa ballenera entre las rocas. Sus compañeros volvieron a echar el cadáver al mar, así como los restos de las focas que no servían para la hoguera. La resaca volvió a traerlos y entonces Cárdenas y Andrade empezaron a reír igual que el Liche, o a llorar, porque tampoco ellos lo sabían bien, como tampoco se daban cuenta dentro de aquella caverna si era de día o de noche. Leuquén y Renín permanecían siempre silenciosos; pero se alejaron de las risas y se fueron entre las focas, que seguían pariendo, y los machos cubriéndolas después del parto. A veces estos peleaban por una de las hembras y los más jóvenes acorralaban al más viejo, echándolo al mar, como sus compañeros al Liche.

Las focas se aparean igual que los hombres con sus mujeres. Esto entretuvo a los náufragos al principio, pero después les aumentó la risa. La cópula inocente de las focas les recordaba a sus mujeres y los «popis» a sus propios hijos, y el cadáver del Liche traído y llevado por las corrientes y la resaca les evocaba la muerte. El mar retumbaba afuera con voz poderosa y a veces, cuando salía el viento, se confundía con este. Por momentos ambos entraban por las gargantas cavernosas, como si fueran a echar un vistazo a los cuatro náufragos, y salían presurosos por las bocas, mezclándose la risa blanca de la espuma con su lóbrego ulular.

Al quinto día, una ola produjo una resaca mayor que todas las anteriores, vino a cubrir con sus cendales de espuma a los hombres y a las focas y trajo otras tablas de la chalupa. Benedicto Cárdenas se opuso a que se echara una sola de ellas a la hoguera.

–¡Vamos a construir un barco! –dijo con voz extraña.

Los otros lo miraron como al Liche cuando este comenzó a reír. Pero al parecer Benedicto no se había vuelto loco. Al contrario, estaba preocupado y serio, con la cabeza gacha, pensando en lo que iba a hacer con esas tablas y una que otra cuaderna de cachigua, que la maravilla del mar había depositado a sus pies. La cachigua –árbol autóctono de brazos y ganchos retorcidos– la utilizan los chilotos para las cuadernas de sus botes, ya que parece que

la propia naturaleza preparara la armazón de sus pequeñas embarcaciones. Tal vez desde el neolítico, el hombre de las islas venía construyendo con sus hachas de piedra las «dalcas», tres tablonces de alerce calafateados y amarrados con boqui a las cuadernas de cachigua, tan bien hechas que le parecieron «batiquines de Flandes» a Miguel de Goizueta, el primer español que las conoció y las describió al navegar por las islas en 1557. Las tablas y las cuadernas rotas también traían sus respectivos clavos, y con esos materiales, Benedicto Cárdenas empezó la construcción de su barco.

La duda empezó a rondar entre los otros compañeros: ¿se habría vuelto loco como el Liche o estaba cuerdo como ellos? Cárdenas empezó a cantar: «Corre, corre, enamorado, buscando una calle por donde ella aparezca... Ríe, ríe, enamorado, buscando la vida que puede venir...». De las palabras pasó al silbido, que fue llevado por el viento y después devuelto por las carcajadas del mar.

Poco a poco la locura o cordura de Benedicto fue contagiando a sus compañeros, quienes se pusieron, afanosos, a ayudarlo en la construcción de su «barco». Este quedó inconcluso y más parecía una artesa de dueña de casa que un «batiquín de Flandes» o una «dalca» huilliche.

Transcurrieron otros días con sus noches, sin que el mar devolviera otras tablas, hasta que un día, en la penumbra, descubrieron un bulto. A primera vista creyeron

que era nuevamente el brazo del Liche. Pero no era tal cosa, sino una cuaderna que sobresalía cual débil mástil de su armazón tinglado. Era una de las amuras de la ballenera que la corriente traía casi completa. Todo cambiaba ahora. La desarmaron y, entusiasmados, continuaron la construcción. Pronto la embarcación quedó lista. Su capacidad solo permitía llevar a flote a un hombre. Al probarla, el agua entró como por una tina rota, a falta de calafateo. No tenían estopa ni brea. Entonces el capitán Ñato hizo su mayor contribución.

–Pongámosle por debajo un cuero de toruno –dijo, refiriéndose a los grandes machos viejos. Así lo hicieron y el ensayo resultó. Ahora faltaban los remos, no quedaba ni una sola tabla que sirviera de bayona o algo parecido.

La batea forrada con el cuero de la gran foca se mantuvo bien a flote, sostenía con relativa seguridad a un tripulante, pero no había con qué remar a no ser con las manos. El capitán Ñato seguía orinando la suya, ya totalmente salvada de la gangrena.

–Los indios yaganes dicen que el primer hombre bajó del cielo descolgándose por una soga de cuero foca –comentó sabiamente Cárdenas, y agregó–: ¿por qué nosotros no podemos salir de esta cueva por medio también de un lazo de cuero?

Antes en las islas se hacían lazos de cuero de foca, pero al «apegualar» un toro desde la cincha del caballo, este

tipo de lazo cedía como elástico y no tenía la buena tensión que requiere esta faena. Por eso el cuero de lobos se usó nada más que para coyundas.

Un solo cuero de foca cortado en una delgada lonja en espiral les dio un lazo bastante extenso. Sin embargo, tuvieron que añadirle dos o tres más para dar el largo hasta la boca de salida más próxima, la del sobaco velludo de helechos. Luego sacrificaron una de las tablas de la regala y la reemplazaron con piel de foca embutida en la de más abajo. Cárdenas, por supuesto, fue el primero en probar la locura de su barco, singando con la tabla en un extremo de la batea.

–Si alcanzo hasta la boca de la cueva sin hundirme y, de todas maneras, si me hundo, ustedes tiran del lazo a mi «barco» y esperan otras tablas para agrandarlo –dijo mirándolos con una ligera sonrisa, y agregó–: si prefieren, rifamos quién sale primero y quién último.

Los cuatro náufragos se quedaron silenciosos, pero el balido de una foca, como si fuera una respuesta, decidió a Benedicto a intentarlo primero.

Remó a la singa con la tabla llevando el rollo de lazo en el interior de su precaria nave. El avance era lento, pero a medida que se desenrollaba el lazo, sostenido desde la playa de la caverna por Leuquén, la línea de flotación fue subiendo un poco. Benedicto llegó a la bocana y trepando por entre los helechos, dejó la barca con su remo adentro, dispuesta para sus compañeros.

Leuquén tiró la soga con cuidado y la batea llegó para el otro tripulante. El segundo en zarpar fue el capitán Ñato, singando precariamente con la tabla en su mano izquierda. Era su primera experiencia en su nueva vida de manco.

Tuvo que abandonar definitivamente la cacería de focas. Y una tarde me contó todo esto sirviéndome una copa de vino blanco en su casa de Quellón.

Leuquén fue el último en salir de la cueva. Después, un barco que venía de las Guaitecas cargado de postes de ciprés vio las señales de humo que hicieron los cuatro naufragos en un promontorio de la ruta, y pasó a recogerlos, llevándolos a Quellón, porque todos eran de ese puerto.

El médico del hospital examinó la mano del capitán Ñato. No quiso amputarle los dedos, que ya habían aprendido a flamear sobre el pulgar, cual gallardete náutico sobre un mástil tronchado a medias por un temporal.

Tomado de: Coloane, Francisco. (2020). Cazadores de focas. En *Cuentos escogidos*. Chile: Alfaguara.

- *Cuento* -

Las nieves eternas

Baldomero Lillo

Baldomero Lillo

(Lota, Biobío, 1867-Santiago, 1923). Es uno de los grandes maestros del realismo social chileno, así como uno de los mejores exponentes del cuento hispanoamericano de todos los tiempos. Además de tocar muchos otros temas, sus cuentos denuncian la explotación y el sufrimiento de los mineros que conoció muy de cerca en su Lota natal.

*para mi querida sobrinita
Mariíta Lulo Quezada*

Sus recuerdos anteriores eran muy vagos. Blanca plumi-
lla de nieve, revoloteó un día por encima de los enhiestos
picachos y los helados ventisqueros, hasta que azotada
por una ráfaga quedóse adherida a la arista de una roca,
donde el frío horrible la solidificó súbitamente. Allí apri-
sionada, pasó muchas e interminables horas. Su forzada
inmovilidad aburríala extraordinariamente. El paso de las
nubes y el vuelo de las águilas llenábanla de envidia, y
cuando el sol conseguía romper la masa de vapores que
envolvía la montaña, ella implorábale con temblorosa vo-
cecita:

—¡Oh, padre sol, arráncame de esta prisión! ¡Devuélve-
me la libertad!

Y tanto clamó, que el sol, compadecido, la tocó una
mañana con uno de sus rayos al contacto del cual vibraron

sus moléculas, y penetrada de un calor dulcísimo perdió su rigidez e inmovilidad, y como una diminuta esfera de diamante, rodó por la pendiente hasta un pequeño arroyuelo, cuyas aguas turbias la envolvieron y arrastraron en su caída vertiginosa por los flancos de la montaña. Rodó así de cascada en cascada, cayendo siempre, hasta que, de pronto, el arroyo hundiéndose en una grieta, se detuvo brusca y repentinamente. Aquella etapa fue larguísima. Sumida en una oscuridad profunda, se deslizaba por el seno de la montaña como a través de un filtro gigantesco...

Por fin, y cuando ya se creía sepultada en las tinieblas para siempre, surgió una mañana en la bóveda de una gruta. Llena de gozo se escurrió a lo largo de una estalactita y suspendida en su extremidad contempló por un instante el sitio en que se encontraba.

Aquella gruta abierta en la roca viva era de una maravillosa hermosura. Una claridad extraña y fantástica la iluminaba, dando a sus muros tonalidades de pórvido y alabastro: junto a la entrada veíase una pequeña fuente rebosante de agua cristalina.

Aunque todo lo que allí había le pareció deliciosamente bello, nada encontró que pudiera compararse con ella misma. De una transparencia absoluta, atravesada por los rayos de luz reflejaba todos los matices del prisma. Ora

semejaba un brillante de purísimas aguas, ora un ópalo, una turquesa, un rubí o un pálido zafiro.

Henchida de orgullo se desprendió de la estalactita y cayó dentro de la fuente.

Un leve roce de alas despertó de pronto los ecos silenciosos de la gruta, y la orgullosa gotita vio cómo algunas avecillas de plumaje negro y blanco se posaban con bulliciosa algarabía en torno de la fuente: era una bandada de golondrinas. Las más pequeñas avanzaron primero. Alargaban su tornasolado cuellecito y bebían con delicia, mientras las mayores, esperando pacientemente su turno, les decían:

–¡Bebed, hartaos, hoy cruzaremos el mar!

Y la peregrina de la montaña veía con asombro que las gotas de agua que la rodeaban se ofrecían al parecer gozosas a los piquitos glotones que las absorbían unas tras otras, con un glu glu musical y rítmico.

–¡Cómo pueden ser así! –decía– ¡Morir para que esos feos pajarracos apaguen la sed! ¡Qué necias son!

Y para huir de las sedientas, estrechó sus moléculas y se fue al fondo.

Cuando subió a la superficie, la bandada había ya levantado el vuelo y se destacaba como una mancha en el inmenso azul.

–Van en busca del mar –pensó–. ¿Qué cosa será el mar?

Y el deseo de salir de allí, de vagabundear por el mundo, se apoderó de ella otra vez. Rodeó la fuentecilla buscando una salida, hasta que encontró en la taza de granito una pequeña rasgadura por donde se escurría un hilo de agua. Alegre se abandonó a la corriente que, engrosada sin cesar por las filtraciones de la montaña, concluía por convertirse, al llegar al valle, en un lindo arroyuelo de aguas límpidas y transparentes como el cristal. ¡Qué delicioso era aquel viaje! Las márgenes del arroyo desaparecían bajo un espeso tapiz de flores. Violetas y lirios, juncos y azucenas se empinaban sobre sus tallos para contemplar la corriente y proferían, agitando coquetonamente sus estambres cargados de polen:

–¡Arroyo, la frescura que nos da vida, el matiz de nuestros pétalos y el aroma de nuestros cálices, todo te lo debemos! Deteneos un instante para recibir la ofrenda de vuestras predilectas.

Mas el arroyo, sin dejar de correr, murmuraba:

–No puedo detenerme, la pendiente me empuja. Pero escuchad un consejo. Embebed bien vuestras raíces, porque el sol ha dispersado las nubes e inundará hoy los campos con una lluvia de fuego.

Y las plantas, obedientes al consejo, alargaron por debajo de la tierra sus tentáculos y absorbieron con ansia la fresca linfa.

La fugitiva de la fuente que resbalaba junto al margen, tratando de sobresalir de la superficie para ver mejor el paisaje, se vio de pronto, al rozar una piedra, detenida por una raicilla que asomaba por una hendedura. Una violeta, cuyos pétalos estaban ya mustios, se inclinó sobre su tallo y díjole a la viajera:

–Hace dos días que mis raíces no alcanzan el agua. Mis horas están contadas. Sin un poco de humedad, pereceré hoy sin remedio. Tú me darás la vida, piadosa gotita, y yo en cambio te transformaré en el divino néctar que liban las mariposas o te exhalaré al espacio convertida en un perfume exquisito.

Mas la interpelada, apartándose, le contestó desdeñosamente:

–Guárdate tu néctar y tu perfume. Yo no cederé jamás una sola de mis moléculas. Mi vida vale más que la tuya. ¡Adiós!

Y rodó, deslizándose voluptuosamente, a lo largo de las floridas orillas, evitando todo contacto impuro, sin ponerse al alcance de las raíces ni de las aves, y huyendo de pasar por las branquias de los pececillos que pululaban en los remansos.

De pronto, el cielo, el sol, el paisaje entero desaparecieron de improviso. El arroyo se había hundido otra vez en la tierra y corría entre tinieblas hacia lo desconocido.

Arrastrada por el torrente subterráneo la hija del sol y de la nieve, temerosa de que el choque contra un obstáculo invisible la disgregase, aumentó la cohesión de sus átomos de tal modo que cuando las ondas tumultuosas se apaciguaron, ella estaba intacta y tan aturdida, que no hubiera podido precisar si aquella carrera desenfrenada había durado un minuto o un siglo.

Aunque la oscuridad era profunda, conoció que se encontraba sumergida en una masa de agua más densa que la del arroyo y en la cual ascendía como una burbuja de aire. Una claridad tenue que venía de lo alto y que aumentaba por instantes, iba disipando paulatinamente las sombras. Subía con la rapidez de una saeta. Y antes de que pudiera observar algo de lo que pasaba a su alrededor, se encontró otra vez bajo el cielo iluminado por el sol.

¡Qué extraño le pareció aquel paraje! Ni árboles ni colinas ni montañas limitaban la desmedida extensión del horizonte.

Por todas partes, como fundida en un inmenso crisol, una lámina de esmeralda se extendía hasta el más remoto confín.

Mientras la vagabunda del arroyo, perdida en la inmensidad, adormecíase sobre las ondas, una sombra interceptó el sol. Era una pequeña avecilla, cuyas alas rozaban casi la llanura líquida. La gota de agua reconoció en el acto, en ella, a una de las golondrinas que bebieron en la fuente de

la montaña. El ave la había visto también y, batiendo sus alas fatigadas, díjole con voz desfalleciente:

–Dios, sin duda, te ha puesto en mi camino. La sed me hostiga y debilita mis fuerzas. Apenas puedo sostenerme en el aire. Rezagada de mis hermanas, mi tumba va a ser el inmenso mar, si tú no dejas que, bebiéndote, refresque mis secas y ardientes fauces. Si consientes, aún puedo alcanzar la orilla donde me aguardan la primavera y la felicidad.

Mas la gota solitaria le contestó:

–Si yo desapareciera, ¿para quién fulguraría el sol y lucirían las estrellas? El Universo no tendrá razón de ser. Tu petición es absurda y ridícula en demasía. Prendado de mi hermosura, el salobre océano me tomó por esposa; ¡soy la reina del mar!

En balde el ave moribunda insistió y suplicó, revoloteando en torno de la inclemente, hasta que por fin, agotadas ya sus fuerzas, se sumergió en las olas. Hizo un supremo esfuerzo y salió del agua, pero sus alas mojadas se negaron a sostenerla, y tras una breve lucha para mantenerse a flote sobre las salobres y traidoras ondas, se hundió en ellas para siempre.

Cuando hubo desaparecido, la gotita de agua dulce dijo grave y sentenciosamente:

–No tiene más que su merecido. ¡Vaya con la pretensión y petulancia de esa vagabunda bebedora de aire!

El sol, ascendiendo al cénit, derramaba sobre el mar la ardiente irradiación de su hoguera eterna, y la descuidada gotita, que flotaba en la superficie perezosamente, se sintió de improviso abrasada de un calor terrible. Y antes de que pudiera evitarlo, se encontró transformada en un leve jirón de vapor que subía por el aire enrarecido hasta una altura inconmensurable. Allí una corriente de viento le arrastró por encima del océano a un punto donde, descendiendo, volvió a ver otra vez valles, colinas y montañas.

Sumergida en una masa de vapores que con su blanco dosel cubría una dilatada campiña agostada por el calor, oyó cómo de la tierra subía un clamor que llenaba el espacio. Eran las voces gemidoras de las plantas que decían:

—¡Oh, nubes, dadnos de beber! ¡Nos morimos de sed! Mientras el sol nos abrasa y nos devora, nuestras raíces no encuentran en la tierra calcinada un átomo de humedad. Pereceremos infaliblemente, si no desatáis una llovizna siquiera, ¡Nubes del cielo, lloved, lloved!

Y las nubes, llenas de piedad, se condensaron en gotas menudísimas que inundaron con una lluvia copiosa los sedientos campos.

Mas la gota de agua evaporada por el sol, que flotaba también entre la niebla, dijo:

–Es mucho más hermoso errar a la ventura por el cielo azul que mezclarse a la tierra y convertirse en fango. Yo no he nacido para eso.

Y, haciéndose lo más tenue que pudo, dejó debajo las nubes y se remontó muy alto hacia el cénit. Pero, cuando más embelesada estaba contemplando el vasto horizonte, un viento impetuoso, venido del mar, la arrastró hasta la nevada cima de una altísima montaña, y antes de que se diera cuenta de lo que pasaba se encontró bruscamente convertida en una leve plumilla de nieve que descendió sobre la cumbre, donde se solidificó instantáneamente.

Una congoja inexplicable la sobrecogió. Estaba otra vez en el punto de partida y oyó murmurar a su lado:

–¡He aquí que retorna una de las elegidas! Ni en polen ni en rocío ni en perfume despilfarró una sola de sus moléculas. Digna es, pues, de ocupar este sitio excelso. Odiamos las groseras transformaciones y, como símbolo de belleza suprema, nuestra misión es permanecer inmutables e inaccesibles en el espacio y en el tiempo.

Mas la angustiada y doliente prisionera, sin atender a la voz de la montaña, sintiéndose penetrada por un frío horrible, se volvió hacia el sol que estaba en el horizonte y le dijo:

–¡Oh, padre sol! ¡Compadeceos! ¡Devolvedme la libertad!

Pero el sol, que no tenía ahí fuerza ni calor alguno, le contestó:

–Nada puedo contra las nieves eternas. Aunque para ellas la aurora es más diligente y más tardío el ocaso, mis rayos, como el granito que las sustenta, no las fundirán jamás.

Tomado de: Lillo, Baldomero. (2008). Las nieves eternas. En *Obra completa*. Chile: Universidad Alberto Hurtado.

Región
Central

- Poesía -

Dos poemas

Enrique Lihn

Región Central

Se encuentra entre los ríos Aconcagua y Biobío, dos cuerpos de agua paralelos y horizontales que saben tanto de crecidas generosas como de estiajes moderados. A ciencia cierta, no es un valle sino una angosta meseta traspasada por hondonadas menores, siempre flanqueada por la incontrastable cordillera de los Andes, de un lado, y por el Pacífico inconmensurable, del otro. Aquí prevalecen las tres principales urbes del país o, mejor dicho, los tres grandes: el Gran Santiago, el Gran Valparaíso y el Gran Concepción.

Enrique Lihn

[Santiago, 1929-Santiago, 1988]. Escritor, crítico literario y dibujante. Su libro *La pieza oscura* (1963) es una de las obras fundamentales de la poesía chilena. En 1966, *Poesía de paso* (1965) obtuvo el Premio Casa de las Américas de Cuba. En el período de la dictadura militar publicó una de las obras más significativas de la literatura testimonial chilena: *El paseo Ahumada* (1983).



CONTRA LOS PENSAMIENTOS NEGROS

Pensamientos

no pensamientos negros

La relación paradigmática de estos con la muerte es un
[recurso fácil

una mala metáfora

Los pensamientos no lloran

no se conduelen de sus objetos

tampoco deben ser pensados como auxiliares de la razón
[contra la locura

(Fourier no anunció sin razón las ciencias de la locura)

El desahuciado observa que, en la perspectiva de la

[muerte, las cosas

forzadas a ocupar un espacio limitado antes que a fluir

[en un

tiempo amorfo

[supuestamente ilimitado

se ordenan como en un cuadro de Mantegna
Nunca antes se había visto así, al centro del escenario
Como un santo con un león a sus pies
Nunca fui un santo ni domesticué un león
lo importante es el centro del cuadro
como lo veo como lo ven
en el andén de la equidistancia
el de ser sin que esto sea un motivo de orgullo
(¿qué orgullo puede tener el que va a morir?)
el centro de un pequeño sistema planetario
al que, en honor a la claridad, le falta la cuarta dimensión

el tiempo que ciega en punto a la perspectiva.

ESTACIÓN TERMINAL

Esta será ya lo veo tu última imagen:
nuestra despedida en el poema en la Estación Terminal.
No sé por dónde empezarla para que no se me escape
[nada,
y las gentes las cosas apelotonadas aquí tienen algo de
agobiadoramente comparable a los restos que se enfrían
frases enteras o adjetivos de una pequeña obra maestra
sobre la cual pesara, hasta perderla, esta impaciencia,

nuestro cansancio mi inarticulación la ferocidad del
[egoísmo
por el cual cuando me empiezan a doler los pies
prefiero la cama a cualquier otra cosa incluyendo
a la poesía que voy a decirlo todo esta noche eres tú,
y, entretanto, no insistas en que un gordinflón de cuarenta
[años
duerma apoyado en tu hombro, para retenerlo otro poco.
A la estación le sobran escenas como estas,
la cara triste de la revolución
que me sonría por la tuya
con algo de una máscara de hojas de tabaco
pequeña obra maestra de la noche te improvisas
una moral una paciencia y hasta lo que llamas tu amor,
nada podría de todo eso
brotar en esta tierra caliente removida por los huracanes
sobre la que pasa y repasa este mundo con sus pies,
y se acumulan los restos a la espera de mis adjetivos,
obscenos bultos un mar de papeles, etc.,
algo, en fin, como para renunciar a este tipo de viajes.

Me parece llegar a la edad más ingrata,
me parece recordar el momento presente:
no eres tú la muchacha que conocí hace un año
ni te marchaste en circunstancias que prefiero olvidar.

Por el contrario, ¿no hicimos el amor?
Una y mil veces, se diría, y para el caso es lo mismo:
te remplazaron hasta en eso como una sombra borrara a
[otra,
y tu virginidad: el colmo del absurdo
no te defiende ahora de parecer agotada.
En realidad recuerdo que nos despedimos aquí,
pero no puedo precisar, con este sueño, cómo ocurrió la
[despedida,
en qué sentido tus manos me revuelven el pelo
y yo arrastro tu equipaje una caja de latón
o me insinúas que te regale un pullover.
A los ojos de la gente que no distingo de mis ojos
sino para mirarles desde una especie de ultratumba
somos una pareja un poco desafiante
y acostumbrada a esto en su Estación Terminal
un blanco y una negra
contra la que, en cualquier momento, alguien arroja una
sonrisa estúpida
el comienzo de una pedrada.
La cara triste de la revolución
y yo la tomo entre mis manos de egoísta consumado.
Tanto como los párpados me pesan quienes se sientan en
[el suelo
a esperar una guagua hasta la hora del juicio

en que el viejo carcamal logra ponerse en movimiento
y los riegos lentamente por el interior de la República.
Tu última imagen quizá con tus yollitos en el pelo,
esta falta de sentimientos profundos en que me encuentro
parecida a la pobreza por la que en cambio tú
no sientes nada o bien una despreocupada afinidad,
la risa de juntar unos medios con tus alumnos,
el espejo que se guarda debajo de la almohada para soñar
[con quien se quiera
y tus visitas a la abandonada
que por penas de amor se llena de hijos.
Ya no estoy en edad de soportarme en este trance
ni los bolsillos vacíos ni la efusión sentimental son cosas
[de mi agrado,
hasta leyendo mis propios versos más o menos románticos
[bostezo
y se me dormiría la mano si tuviera que escribirlos.
Cuántos años aquí, pero, en fin, tú eres joven:
«de otro, serás de otro como antes de mis besos».
Yo prefiero al lirismo la observación exacta
el problema de lengua que me planteas y que no logro
[resolver te escribiré.
La Estación Terminal un libro abierto perezosamente en
[que las frases ondulan

como si mis ojos fueran un paraje de turistas
[desacostumbrados a estos inconvenientes,
nada que se parezca a una mancha gloriosa,
ya lo dije, de vez en cuando, una observación estúpida:
piedrecillas que se desprenden de este yacimiento humano,
incongruentes, con el saludo de Ho Chi Min
transmitido por los altoparlantes institutrices
de esas que no dejan en paz a los niños a ninguna hora de
[la noche,
y sin embargo, tú duermes con tranquilidad
capaz de todas las consignas, pero con una reserva al
[buen humor
quizá la clave de todo esto
un primer verso que pone al poema en movimiento como
[por obra de magia.

Tomado de: Lihn, Enrique. (2014). Selección de poemas. En
Porque escribí. Chile: Fondo de Cultura Económica.

- Crónica -

El resplandor emplumado del circo travesti

Pedro Lemebel

Pedro Lemebel

(Santiago, 1952-Santiago, 2015). Escritor, cronista y artista plástico. Su obra escrita aborda los temas de la marginalidad chilena utilizando para ello algunas referencias autobiográficas. Representante de la literatura homosexual y contestataria, su estilo irreverente se ha dado a conocer por toda Hispanoamérica, por lo que es uno de los escritores chilenos con mayor proyección internacional. Como artista de performances y como escritor, su trabajo se caracterizó por el uso de la provocación y el resentimiento como herramientas para la denuncia política y social.

Gran paraguas de lamé esta fantasía morocha que recorre los barrios, que de plaza en plaza y de permiso municipal al sitio eriazo hace estallar la noche en la carcajada popular de la galería. Cuando la loca de la cartera tropieza, se le quiebra el taco, parece caer y no cae corriendo, encaramándose en los tablones de la galera, persiguiendo su cartera que vuela de mano en mano abriéndose, desparramando un chorizo de sostenes, medias, calzones, agarrones y gritos en la fiesta de la carpa travesti. Así desfilan por la pista iluminada las divas que fueron grito y plata en otras primaveras. Las súper novias del transformismo, las mariposas nómadas, que dejaron un rastro de lentejuelas y amores de percala colgado frente al ojo turbio del océano. Hace unos cuantos años, Timoteo travistió al payaso e inventó este circo en algún cerro de Valparaíso. Con un mono raquítico, un lanzallamas defecando fuego, un trapecista epiléptico, y unas cuantas palomas que giraban en un carrusel. Pero el espectáculo seguía siendo

triste; y las palomas eran aves grises y aburridas que tuvo que remplazar por otros pájaros de corazón más violento. Una troupe de travestis semicesantes y maltratados por el tornasol opaco de los años. Una cabalgata de la nostalgia que lampareó desde su ocaso la chispa multicolor del Hollywood tercermundista que necesitaba el espectáculo. Desde entonces la Fabiola de Luján, el cetáceo dorado de la noche, adormece con su bolero la difícil existencia de los espectadores. Desde entonces el/ella, desbordante en su paquidermia, va rifando la botella de pisco equilibrada en las agujas de los tacos. Va ofreciendo los números mientras trepa la escalera de tablones entre la gente, contestándole al que le grita guatona, que ella con su guata se fabrica unas exuberantes tetas. «Y vos con esas bolsas entre las piernas no hacís na». Entonces estallan las risas y entre talla y talla las familias pobladoras se olvidan de la miseria por un rato, después se van a sus casas soñando con el resplandor emplumado del trópico latino. Como si el ladrido de los perros redoblara en la asfixia de esos tierraes el eco de una queja en maricovento de rumba, en megáfono mariposón que salsea la Rosa Show trinando «así papito», como un colibrí en el lodo. Como si el charol impostado de esa voz masculina fuera el bálsamo suavizante del dolor pobre, y no importara su carraspeo de laringe sucia en el sube y baja de la nuez del cuello

afeitado que repite: «Por qué se fue»... «Tú lo dejaste ir»... «Ahora nadie puede apartarlo de mí». Así corre la fiesta entre los mambos de la Vanessa agitando las perlas de su bikini en la cara de algún obrero, las cabritas que venden las propias luminarias y los rugidos de un puma coliza, que tiene el circo para animar la matiné de los domingos. Un día en la semana que el travestismo se saca el rouge de los labios, para convertirse en hada madrina de la infancia deshilachada por la desnutrición. De esta manera la fama del circo Timoteo ha atravesado los márgenes, y del mito folclórico, camuflado en el óxido de sus timbales, el chisme social lo lanzó al estrellato. Las filas numeradas de la platea, generalmente vacías, se fueron copando de un público menos moreno que bajando de sus barrios pudientes, abarrotan las noches de sábado el hongo viciado de la carpa. Otra clase social redobla el perímetro de la pista, tratando de apropiarse de una latencia suburbana que no les pertenece. Estacionan sus autos Lada en el barro y sujetan sus carteras y abrigos con el terror de ser asaltados en estas latitudes. A veces llueven fotógrafos y periodistas que invaden con su ojo voraz la intimidad de las carpas, ofreciendo esto y aquello, con tal de captar en sus cámaras taiwanesas el desborde genital que devela el fraude plateado de la diva. Así de viernes y sábado con funciones repletas, un día llegó el contrato para hacer una temporada

en un conocido teatro de Santiago. Entonces el camión de Timoteo, cimbrándose cargado de pilchas, replegó la falda de la carpa, y enfilando hacia el centro tomó por la Alameda, y después por calle San Diego, hasta detenerse bajo la marquesina del teatro Caupolicán, que encendió en mil ampolletas sus Águilas Humanas con el magnesio falso del travestismo. Pero al correr las funciones bajo el techo de cemento, la gran concha acústica del anfiteatro se fue tragando la precaria voz de la Rosa Show, imitándola burlesca en el eco infinito del espacio vacío. Al pasar el tiempo, se fueron dando cuenta de que algo no funcionaba en ese lugar grandilocuente. El público estaba tan lejos y a la distancia eran desconocidos. Hasta la Fabiola de Luján se veía minúscula en el centro de esa catedral. Y se fue enflaqueciendo día a día, marchita como las plumas lloronas a falta de tallas o piropos. Todo quedaba reducido en ese escenario tan iluminado y la loca de la cartera se cayó de verdad, y casi se quiebra la crisma encandilada por tanto foco. Bajo ese relámpago de fichaje, todo truco de cosmética se revenía en llagas y surcos por donde la pintura se descorría en lágrimas sucias, retornando la máscara glamorosa al payaso triste. El doble sentido del humor quedaba colgando en una interrogación absurda, que devenía en pifias y aplausos desanimados. Entonces cayeron en cuenta de que el detonante del show era el contacto directo con la fa-

miliaridad hacinada bajo la carpa. Por eso un día el camión con estrellas pintadas regresó por donde vino, alejándose del centro en un reguero de plumas mostacillas y costras brillantes. Así el circo Timoteo sigue circulando en casi todas las poblaciones de la periferia, como una corriente de aire vital que se ríe libremente de la moral castiza. Un escenario de travestismo que se parece a cualquier otro, pero sin embargo, por estar confrontado a la penumbra del excedente social, se transforma en radiografía que vislumbra el trasluz de una risa triste. Mueca quebrada por el áspero roce que decora sus bordes. Un flujo que fuga lo precario en una cascada de oropeles baratos, donde las pasiones y pequeños deseos del colectivo se evacuan en la terapia farsante del arte vida, del taco plateado en el barro, del encaje roto, la pluma de plumero y los parches de la carpa donde se meterá el viento y la lluvia del invierno. Glamour entumecido que compite con el relámpago de la televisión y le gana, porque los vecinos entre engaño fluorescente y mentira conocida eligen la dura tabla de la galera para jugar al insulto, que es revertido con la agilidad teatrera de la daga punzante. Así transforman la desventaja transexual en metales de aplausos, que los hacen volver una y otra vez al escenario para mariconear otro poco. Por eso cuando la carpa se ha marchado, el sitio eriazo retoma su palidez de desamparo, la miseria no garantizada de va-

gabundos que encienden una fogata en espera del regreso de Timoteo. Como un saludo de brasas para sus reinas y una estrella de fuego para el cielo de su memoria.

Tomado de: Lemebel, Pedro. (2020). El resplandor emplumado del circo travesti. En *La esquina es mi corazón*. España: Seix Barral.

Región
Norte Chico

- Diario -

**Cuaderno de Coquimbo
(1906-1909)**

Gabriela Mistral

Región Norte Chico

Esta región parece vacilar entre ser un yermo menor, emparentado con el Atacama, y ser heraldo de valles feraces regados de viñas cargadas con las singulares cepas de merlot, cabernet y carmenere que proliferan en el centro del país. Sin duda, la humedad de la zona, debida a la fría corriente de Humboldt que atempera sus costas, explica en parte su clima amable y el buen talante de sus pobladores.

Gabriela Mistral

(Vicuña, Coquimbo, 1889-Nueva York, 1957). Seudónimo de Lucila Godoy Alcayaga, poderosa voz femenina que en 1946 alcanzó el Premio Nobel de Literatura. Hay quienes han visto en ella, sobre todo, a una autora de poesía materno-infantil; otros, a la luchadora de irrenunciable vocación política, abanderada de la causa de los desposeídos de su tierra: una autoexiliada que tan pronto puede elegir destino como sufrir persecución y penurias económicas. Son reconocidos sus libros: *Desolación* (1922), *Tala* (1938), *Lagar* (1954), entre otros.



A las cuatro de la tarde de ayer puso fin a sus días, disparándose un balazo en la sien derecha, el joven don Romelio Ureta, empleado de la sección bodega de la estación de ferrocarriles de Coquimbo. En su domicilio de la calle Lastra, donde vivía en calidad de huésped, el señor Ureta se retiró a su pieza, trancó la puerta y se arrojó sobre el lecho. Momentos después una detonación sacudía toda la casa. Avisada la policía y descerrajada la puerta se encontró el cadáver del infeliz.

Este acontecimiento ha consternado a los numerosos amigos del joven Ureta y especialmente a sus compañeros de trabajo que lo estimaban en alto grado. El joven Ureta desempeñaba, en la bodega de los ferrocarriles de dicho puerto, el empleo de recaudador de fletes y desde hace poco tiempo venía dando que hablar su boato y la falta de relación que había entre sus gastos personales y el sueldo que percibía.

Ayer, a las dos de la tarde, horas antes del suicidio, sus jefes le hicieron un arqueo y advirtieron que faltaba en caja la suma de \$1501.

(Diario *La Reforma*, La Serena, 26 de noviembre de 1909)

* * *

Como una enamorada estoy pensando cómo será el momento en que yo caiga con mi cuello sobre tu brazo. Cómo te miraré. Cómo me mirarás. Me impondrás una larga espera antes de verte. Iré viéndote pliegue a pliegue o me cegarás de un golpe con tu resplandor. Qué día mío será el que me salve, cuál de mis culpas mirarás con más ira. Qué canto mío me dejarás cantarte.

Déjame acabar de aderezar la mesa de los míos y después voy. Cuánto he soñado contigo y, sin embargo, qué miedo de no haberte soñado nunca como eras y hallarte extraño y demorar mucho tiempo en reconocerte.

* * *

Tampoco te soy ajena dormida. Tampoco dormida quedo sin tus ojos y sin la llaga de mi pena de amor. He pedido al

que da los sueños que me deje ir contigo por el país de los sueños.

Y una vez es un río cuya corriente lleva a ti, y mi corazón va enloquecido hacia el mar. Y otra vez es una rosa que tiene tu mirada en el corazón, bajo el polen. Anoche soñé que estabas dentro de mi corazón y tu voz salía de mi garganta, develando el secreto. Y mi cara ardía de vergüenza.

* * *

Soy como una copa, amado. Me has colmado como una copa. Mirada a mirada, me has ido llenando. Palabra a palabra me has filtrado este vino de ansiedad.

* * *

Nocturno: es la hora en que los poetas escriben esos versos bañados de ternuras, empapados de amor, esos que encierran la esencia del sentimiento en el que vacían la hiel de sus penas ocultas y sus duelos íntimos.

Duermen las flores, resbalan en sus capullos las frescas gotas de rocío, como lágrimas que ruedan por las mejillas de una virgen pálida.

Duerme la naturaleza reclinada en el seno del silencio. Pero los seres que sueñan con imposibles, y deliran con alegríasidas, aquellos que viven pensando en sus esperanzas muertas, no duermen nunca, hacen a la noche la triste confidente de sus penas y duelos, dan a su frío céfiro los suspiros de sus pechos, las quejas de sus almas.

* * *

Me acosté debajo de un gran peumo del valle que era la mayor sombra en el valle. Porque estoy cansada y mi fatiga pide gran regazo y la fiebre de mi frente pide ancho abanico de sombra. Mas, yo quería que el follaje me cubriera sin esconderme el cielo.

El peumo tiene roto el tronco, ha abierto en sí un largo ojo de herida. Por la herida se ve el cielo, se sigue el vuelo de las nubes y se goza el viento que pasa. Por el ojo del tronco se ve el camino y miro pasar la niña de las ovejas y el mozo que vuelve cargado de heno todas las tardes. Y el cansancio no cae a mi corazón, porque estoy mirando no únicamente la rama amiga que me besa sino el valle entero. Así querría yo tu amor: que me cubriera toda, que me poseyera toda, pero que me dejase mirar al mundo, verle el dolor, y amarlo, para consolarlo con canción. Pero tú querías darme un

amor egoísta que me cubriera cegando mis ojos, velándome la tierra, haciéndome olvidar a los que gusto seguir con la mirada por los caminos.

* * *

Amo, amo, amo. Es decir, tengo hecha miel la sangre, hechos música los suspiros. Es la segunda vez que Dios pasa esa puerta. La primera fue cuando nací, y ahora que, por el amor, vuelvo a ser nueva como el recién nacido.

Si los hombres supieran, se detendrían a mi puerta por recoger el prodigio en una sola de mis miradas. Y si lo supieran las mujeres, traerían a sus hijos pequeños para que yo los toque con esta mano trémula del temblor de mi corazón.

* * *

Nos uniremos en una mirada sobre toda la belleza del mundo. ¡Oh, amor!, sobre la nube sonrojada de la tarde, que tú no pierdes mirando hacia el ocaso; sobre los musgos del camino que acariciaste al pasar; sobre el temblor luminoso del río, bajo el puente. Me mezclarás con toda la música de los violines, me oirás sobre la nota más aguda y me gustarás como un jugo de granadas.

* * *

¡A quién podrías extender sobre la tarde lacerada, sino a tu dolorosa!

¡A quién podrías mullir sobre los helechos altos, sino a tu dolorosa!

¡A quién podrías colocar sobre la piedad de tu plegaria, esta noche, bajo las estrellas, sino a tu dolorosa!

* * *

Yo iba el otro día a la estación de Coquimbo, en viaje para La Serena, cuando al entrar me encontré con él. Como otras veces, traté de huirle. Me alcanzó y me dijo: Lucila, por favor, óigame. Tenía una mancha violeta alrededor de los ojos. Yo otra, un poco roja. La de él, pensé yo, es de lujuria. La mía era la del llanto de toda una noche. Lucila, me dijo, mi vida de hoy es algo tan sucio que usted si la conociera no le tendría ni compasión. Quizás quería contarme todo; pero yo no le contesté. No le inquirí de nada. Lucila, le han dicho que me caso. Va usted a ver cómo va a ser mi casamiento. Lo va a saber luego. Siguió hablándome y acabó por decirme que en mi próximo viaje (que era en fecha fija) me iba a ir a esperar a la estación. No pudo ir. Se mató quince días después.

¿Qué pasaba en ese hombre a quien faltaban diez o veinte días para unirse a aquella a quien, a juzgar por lo que supe, quería? ¿Qué alianzas son estas? Esas son las alianzas de la carne. A la carne confían el encargo de estrecharlos para siempre y la carne, que no puede sino disgregar, les echa todo y los aparta, llenos ambos de repugnancia invencible.

En dos palabras cabe mi estado actual: no sufro. Se me ha derrumbado todo, y estoy tranquila, y tranquila sin estoicismo. Yo no sabía y no hubiera creído antes que el pensamiento pudiese liberarnos de todo. Así era: he pensado, he tenido un momento de lógica fría y me he curado de muchos dolores que eran sencillamente una necedad mantenida con pretexto de hermosura.

* * *

Es cierto. Yo conocí a Romelio Ureta en Coquimbo. Nos pusimos de novios, pero él no tenía dinero para tomar mujer. Un día me dijo que se iba al norte a buscar trabajo en las minas para hacer dinero y regresar a buscarme para que nos casáramos. Aquella promesa constituye el recuerdo más dulce que tengo de él. Pero volvió al poco tiempo sin nada. Luego se enredó con una muchacha perteneciente a una familia que tenía humos de grandeza, y lo hizo llevar

una vida cuyo tren él no podía seguir. Dejamos de vernos y de escribirnos. No supe más de Romelio hasta hoy que el periódico se me cae de las manos al leer la noticia de su muerte. ¡Tiemblo!

Me dicen que antes del suicidio rompió todas las cartas de su novia y que después se vistió para la muerte y se disparó un tiro, y que en un bolsillo se le encontró una postal mía. ¿Por qué estaba allí esa postal cuando hacía años que no nos escribíamos? A causa de aquella tarjeta, sin embargo, se asocia su nombre con el mío. ¡Yo no tengo nada que ver con su suicidio, a no ser en mí este temblor que estremece mi pobre y atribulado corazón!

* * *

Aquí quedó la tarde en que fui amada, las luces y las sombras de esa tarde y su aire tembloroso de *ángelus*. Perdura el árbol bajo el cual me miraste y el gajo de la rama bajo la cual fue el beso.

Aquí quedó una tarde del Señor. Todavía más de él porque miró el amor cumplirse. Las tardes que vengan serán otras, tendrán otro modo de resplandor y de muerte. La que viene será de otros y no nuestra nunca más. Por una mano,

esta tarde no moriré del todo, se prolongará todavía aunque escondió tras la sierra la sien ensangrentada. Con toda su dulzura de gota de miel, el crepúsculo se posó en el pequeño lienzo, con los surcos ya en sombras y con el temblor de nuestros pulsos. Tu amor se quedó aquí por misericordia hacia mi corazón que defendió de la muerte.

* * *

Cementerio que lo recibiste, que infamado le hiciste un hueco en tu tierra, ¡bendito seas! ¡Cementerio que se abre al suicida ensangrentado!

Que tengas rosas, que tengas más rosas que otro, que no sabe amar. Que la misericordia te haga más fragantes los naranjos. Que su sien te dé más escarlata al clavel y más agudo el olor de la madre selva. Que la primavera se demore en ti. Que la tierra se vuelva más dulce porque fue bien madre y que yo llegue a ti un día para cubrir tu polvo de besos incansables.

Cementerio que, como mis brazos no lo rehusaron, ¡lo recibiste ensangrentado!

* * *

¿Por qué te has dormido, si yo venía a decirte que te perdona-
naba? Yo venía a conversar contigo en este crepúsculo que
se retarda sobre el cielo, en una larga misericordia de luz. Y
te iba a hablar y a escucharte después hasta el amanecer. Y
no íbamos a llorar más por el valle. Te traía el perdón, todo
el perdón, y el amor eterno, el inacabable amor depurado de
celos. Y estás blanco, emblanquecido de paz eterna.

No, no esperaste. No supiste que vendría. Y te tendiste en
la tierra. Lo que no he podido decirte me quemará la boca
y me oprimirá el pecho como una piedra. ¿Qué haré con mi
perdón que no alcanzó a llegar a salvarte? ¿Qué se hace con
el manojito de flores que te traía para la fiesta de nuestro
amor?

Tomado de: Mistral, Gabriela. [2002]. Cuaderno de Coquimbo
(1906-1909). En *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo de
Gabriela Mistral*. Chile: Planeta-Ariel.

Región
Norte Grande

- Cuento -

Réquiem para un perseguidor

Hernán Rivera Letelier

Región Norte Grande

La línea costera de Chile –que empieza en la ciudad septentrional de Arica y termina en algún lugar congelado de la Antártida– parece infinita, pues se extiende a lo largo de casi seis mil quinientos kilómetros, de los cuales mil seiscientos corresponden al desierto de Atacama, el más árido del planeta o, como proclamaba, exaltado, el poeta Raúl Zurita, «el desierto más florido del mundo». Lo que no impide que esta zona sea custodiada por la magnificencia de la cordillera de la Costa y de los Andes, los valles transversales y la depresión intermedia.

Hernán Rivera Letelier

(Talca, Maule, 1950). Minero, escritor y poeta. Conocido principalmente por sus novelas ambientadas en la pampa norteña. Aunque nació en Talca, se crió y vivió hasta la edad de once años en la oficina salitrera Algorta, en el norte de Chile. Entre sus muchas novelas, destaca *La reina Isabel cantaba rancheras*, que retrata con mucha fuerza y vividez la época sangrienta a raíz del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende.



Debo comenzar diciendo que al principio, cuando movido por quién sabe qué carambolas extrañas me diera por observarme, creí ingenuamente haber dado con algo que no pasaría más allá de ser solo un eventual pasatiempo y, por lo tanto, tomándolo como tal, me contentaba con practicarlo nada más que en mis días libres y en momentos bien determinados (a la hora del crepúsculo comúnmente y muy por el rabillo del ojo). Y es que de ninguna manera era cuestión, pensaba yo en ese entonces, de que el jueguito me fuera a significar demasiado desgaste físico, claro, ni del otro.

Pero a medida en que fui tomando vuelo y con ello descubriéndome cosas que ni siquiera sospechaba; sorprendiéndome en actitudes que para un nuevo en tales asuntos resultaban de lo más intrigantes –por ejemplo, contemplar tuberculosamente la luna llena mientras orinaba en la llanta de un lujoso automóvil ajeno–, vine en ponerme un poco más de atención llegando incluso, en algunos casos, a tomar un par de rápidas e incoherentes notas, pero

de manera tan irresponsable aún que nunca llegaba a saber bien en dónde las perdía.

Después, y como las dudas se me fueran haciendo cada vez más fuertes y más insoslayables las contradicciones –ahora de pronto solía sorprenderme despichando en la luna mientras contemplaba embelesado un espeluznante volkswagen– me hice así como sin querer de una primorosa libretita ad hoc y, llegando a sacrificar algunas de las hasta entonces sagradas horas de mi siesta, comencé a marcarme mucho más al hueso. Agazapado detrás de unas gafas oscuras o simulando leer un diario me pasaba tardes enteras sin quitarme el ojo de encima.

Y así, gradualmente, casi sin darme cuenta, me fui acosando más y más horas del día. De todos los días. Perro de presa de mí mismo, ostentando un descuello insolente, me seguía olfateando mis meadas al sol y a sombra; estudiando morbosamente mis huellas en el barro; mis negros pelos en la sopa; desmenuzando y examinando lupa en mano hasta la más infeliz mosca renegreando en mi leche.

... No pudiendo alzar un dedo sin parecerme sospechoso ni dejar de alzarlo sin provocarme conjeturas, llegué en un momento a no tener ningún empacho en violar mi correspondencia; ninguna clase de escrúpulos en intervenir mis pensamientos; vacilación alguna en grabar, y luego tratar de descifrar, mis más impúdicas interjecciones balbucidas en

sueños. De igual forma, sin la menor consideración y en plena vía pública, no tomándome la molestia ni siquiera de identificarme, venía en interrogar y apremiar a todo aquel –ebrio, niño o idiota– que tuviera la mala ocurrencia de pararse a conversar conmigo en la calle.

Desfondando mi puerta de una patada me daba por allanarme en los momentos más inverosímiles. A veces en mitad de la noche irrumpía en pleno coito, me quedaba un rato, entonces, mirándome burlonamente en tan grotescas posiciones para luego, ante el desconcierto de la dejada a medio galopar, hacerme levantar de un salto y proceder a un feroz registro. Con la corazonada siempre de hallar «ahora sí» no sabía bien qué misteriosos mensajes cifrados, rasgaba sin misericordia mis colchones; violentaba mis libros; abría y vaciaba desaforado cada cajón, cada cofre, cada ostra cerrada con llave; me daba vuelta bolsillos y prepucio.

En algunas de estas ocasiones, viendo que los resultados de mis pesquisas no me estaban haciendo digno de ninguna medalla al mérito (después de haber tratado incluso de inculparme deslizado entre mis papeles, manifiestos y proclamas que nada tenían que ver conmigo) y enteramente convencido de que no era, de que no podía ser tan inocente, de que en verdad estaba tratando con un tipo que se las traía, en algunas de estas ocasiones, digo, al borde mismo de la locura, me agarraba del pelo y me daba frenéticamente

de cabeza contra las paredes. Llevándome todo por delante me arrastraba luego enceguecido hacia la sala de baño –siempre a la sala de baño–. Allí, haciéndome sentir más miserable que un insecto, me arrinconaba a golpes contra el impávido color blanco de los azulejos, extraía un parsimoniosamente cruel cigarrillo, lo encendía como quien hace percudir un revólver y, expulsando el humo en forma amenazante, me apuntaba a la sien: «Canta, hijo de puta» me decía. «Canta o te desparramo los sesos». Y a veces, claro, cómo no, terminaba por inspirarme y cantaba. Seguro que cantaba. Y era todo un gusto como lo hacía.

Pero eso no era todo, porque no por mucho cantar dejaba de presionarme, de apremiarme, de acuciarme hasta casi lo obsesivo. Dándome duro con un palo y duro también con una soga me exigía cada vez «más alto, cabrón»; «más claro, pendejo»; «más afinado, bastardito de mierda». O en mitad de una sesión, después de haberme sumergido hasta la náusea en mi propia inmundicia, me susurraba afectadamente al oído frases como: «Te estás repitiendo, cariñito» o «Eso ya lo cantó Gardel, ricurita».

Hasta que, por fin, como suele ocurrir siempre en tales casos, terminé por llevar a cabo mi ya inminente secuestro, por encerrarme de una vez por todas en uno de esos terribles recintos secretos, en donde hundido en las más oscuras mazmorras y a completa merced de mis desvaríos, me

di de lleno a la tarea de torturarme ahora en forma ya más acabada; a fusilarme rigurosamente en cada amanecer.

Y aunque de estas maneras he logrado llenar un par de libretitas con declaraciones más o menos reveladoras, heme aquí terriblemente solo frente a mis despojos, contemplando impotente cómo me voy yendo de entre mis manos sin haber logrado en verdad acusarme de nada, sin poder hacer ya más (ni tan siquiera ensayar el abominable recurso del torturador bueno), solo cavilar patético –verdugo sin Ley de Amnistía– si entregarme en un ataúd sellado o simplemente hacerme desaparecer.

Tomado de: Rivera Letelier, Hernán. (2017). *Réquiem para un perseguidor*. En *Donde mueren los valientes*. España: Debolsillo.

La ilustradora

Paula Ortiz

Nació en Medellín. Es diseñadora gráfica y tiene varias publicaciones como ilustradora en el sector editorial. Con un lenguaje sencillo y cándido, muestra en su trabajo un sinnúmero de personajes que narran historias paralelas llenas de sorpresas. Su obra ha sido influenciada por el mundo textil, por lo que resulta maravillosamente rica en formas, colores y texturas provenientes de los patrones, las tendencias y sus diversos materiales y técnicas. Ha realizado ilustraciones y proyectos para Cataplum Libros, Norma, SM Colombia y Puerto Rico, Tragaluz editores, McGraw Hill, Lazo libros y los ministerios de Educación y Cultura de Colombia.



Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2022 en papel Earth Pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.













Chile

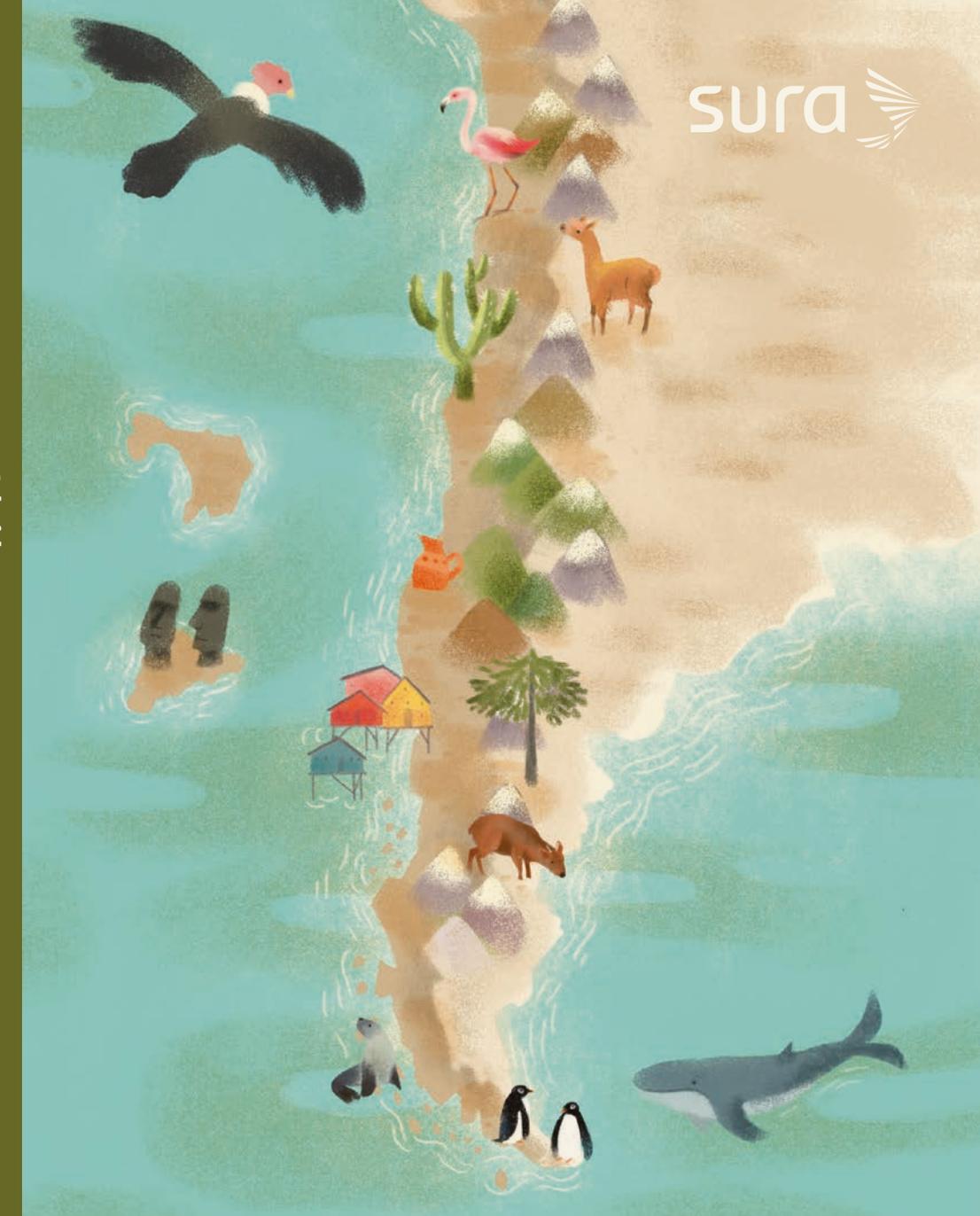
cuenta

Baldomero Lillo · Enrique Lihn
Francisco Coloane · Gabriela Mistral
Graciela Huinao · Hernán Rivera Letelier
María Isabel Lara · Nelson Toledo
Pedro Lemebel

Ilustraciones de
Paula Ortiz



Chile cuenta



Chile

cuenta

Volvemos a tomar el camino que nos lleva de celebración en celebración entre las literaturas de los diferentes países de Latinoamérica. Luego de visitar Argentina, México, Colombia, y un par de intercambios entre escritores y escritoras contemporáneos, nuestro centro es Chile: su tradición narrativa comprende desde las cosmogonías de sus pueblos originarios –que hablan de geografías agrestes, propias del nacimiento del mundo– hasta autores modernos laureados a nivel global. Leemos campo y ciudad, montaña y mar. Chile es un país zurcido por los Andes y por la poesía. De cara a la inmensidad del océano Pacífico nace una de las literaturas más importantes de nuestro continente.